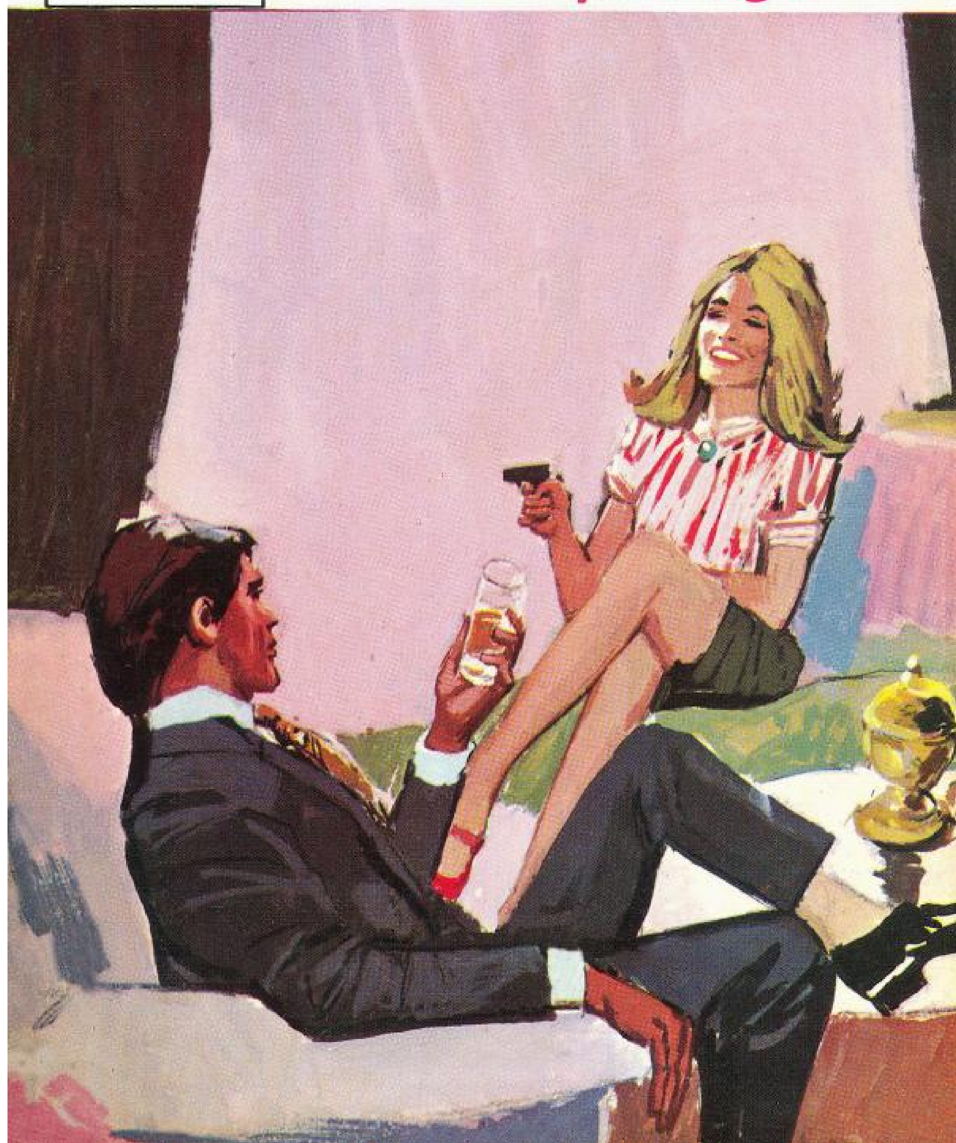
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SS

SERIE
SERVICIO SECRETO

Alfa Centauro

joe mogar



Detuvo el coche.

La muchacha estaba allí, en el interior de la cabina telefónica, hablando a través del micro teléfono o fingiendo que lo hacía.

Desde la ventanilla del negro sedán que conducía, la miró.

Morena, de pelo negro que le caía en cascada sobre los hombros y al parecer muy joven.

De veinte a veinticinco años —calculó—, a pesar de que hasta que no la viera de frente no podría predecirlo con exactitud.

Ahora terminaba, y una vez más se preguntó si se estaba comunicando con alguien o fingiendo que lo hacía.



Joe Mogar

Alfa centauro

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1067

ePub r1.0
LDS 23.03.19

Título original: *Alfa centauro*
Joe Mogar, 1971
Cubierta: Desilo
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



Prólogo

—Lo siento, pero mi esposo está muy ocupado. —Hizo una ligera pausa, mirándole fijamente a los ojos y añadió—: Y el caso es que necesitaba verle. Es… es importante para él…, para nosotros.

Latimer Joss la miró como siempre la había mirado, de pies a cabeza, dejando que sus ojos mostraran sólo un poco de lo que verdaderamente sentía por aquella mujer.

Por toda mujer como aquélla, que era lo más correcto.

—¿Quiere otra copa mientras decide si debe esperarlo un poco más?

Joss sonrió.

La verdad es que no tenía prisa alguna por marcharse de allí a pesar de que aparentaba lo contrario.

Era un juego y no debía mostrar sus cartas.

A saber: Don Calloway le había llamado a su finca de la carretera 21 con extrema urgencia, para hablarle de algo importante.

Treinta minutos en su casa, frente a frente de Eleonora Calloway, hablando de esto o de aquello, no le habían podido sacar de dudas sobre lo que su esposo deseaba decirle.

Le preguntó, pero Eleonora no supo o no quiso decírselo.

No le importaba, sabiendo como sabía que más tarde o más temprano se enteraría.

Respondió:

—Otro *whisky*, por favor.

Ella se volvió en redondo y se acercó al pequeño bar instalado en uno de los rincones del elegante *living* donde se encontraban y Joss la siguió con los ojos.

Alta, rubia, muy hermosa, una de las mujeres más hermosas que

había visto en su vida…, una mujer que deseaba.

Vestida con un vestido de noche, de «lamé», cuajado de lentejuelas, exactamente como si se dispusiera a ir a cualquier fiesta y para ello solo esperara que su marido terminara con la visita para salir.

Se volvía ahora, embrujándole más y más con el brillo de sus grandes y rasgados ojos negros.

—Su *whisky*, míster Joss —dijo, dejándole el vaso.

—¿Y usted?

—¡Oh! Bueno, creo que por esta noche he bebido demasiado.

Joss no respondió, se llevó el vaso a los labios, bebió un poco, lo soltó sobre la mesita que había a su lado y se retrepó contra el respaldo del sillón mientras ella iba a sentarse en el otro, frente a él.

Un largo vestido.

Hasta los pies.

Era demasiado para su gusto.

Unos zapatos de ante, unos finos y elegantes tobillos y medias color carne.

Muy joven, ya que su edad oscilaría entre los veintidós y los veinticinco años, y recién casada como aquel que dice.

Doce meses de matrimonio; un año.

Joss recordaba exactamente hasta el minuto exacto del día en que Don Calloway, su marido, se la presentó. Una buena amistad, y ahora…

Bebió otra vez sin dejar de mirarla por encima del borde del cristal del vaso, y tan pronto como terminó consultó el reloj.

—Perdone, mistress Calloway —dijo—, pero no puedo esperar tanto tiempo… y lo lamento. Si pudiera decirme…

La vio tragar saliva y cómo desviaba sus obsesionantes ojos de él y bastó aquel sencillo gesto para que se encontrara mucho más tranquilo.

—Don quiere hablarle de algo importante, míster Joss —dijo, sin mirarle, y haciendo un esfuerzo que él adivinó—, pero se da el caso de que ahora tiene una visita y…

—Eso ya me lo dijo antes, mistress Calloway.

—Sí, claro, es verdad. Perdone…

—¿Y bien…?

—La verdad, míster Joss, es que no sé cómo empezar —de

nuevo tragó saliva, y al fin soltó—: Nos estamos hundiendo, ¿comprende? Hay pánico en la Bolsa de Wall Street y… y… nos ha alcanzado a nosotros. —Hizo una pausa y añadió mirándole a los ojos—: Estamos al borde de la ruina y…

Joss la interrumpió:

—¿Cuánto?

—¿Qué…?

—¿Cuánto necesitan ustedes, mistress Calloway?

Eleonora le dedicó una sonrisa, la primera desde que entrara, y respondió:

—No lo sé con seguridad, pero creo que es bastante. Quizá demasiado incluso para usted.

Joss no respondió, se limitó a llevarse el vaso a los labios y a beber.

Al terminar con el resto del licor se puso en pie y Eleonora le imitó, por lo que ambos quedaron frente a frente, muy cerca el uno del otro, mirándose a los ojos.

De los dos, fue el propio Joss el que primero empezó a hablar, y lo hizo con una pregunta:

—¿Por qué no viene mañana tarde a mi casa, mistress Calloway, y hablamos de ese préstamo? Supongo que para entonces ya sabrá la cantidad que necesitan, ¿no?

Eleonora hizo una mueca.

—Sobre unos quinientos mil dólares —dijo lentamente, con extraña lentitud—. Como ve, demasiado para…

—Aun así —interrumpió Joss—, venga y hablaremos.

Los negros ojos le desasosegaron de nuevo cuando le miró fijamente a los suyos.

—¿A qué hora podré verle?

Joss le dedicó una sonrisa.

—Venga sobre las cinco, y me encontrará solo, ¿comprende?

La expresión de ella no cambió.

—De acuerdo, míster Joss —dijo—, allí estaré.

Joss no respondió, dio media vuelta y precedido de ella se acercó a la puerta de salida.

Ponía la mano en el tirador de aquélla cuando añadió:

—Prefiero la minifalda, mistress Calloway.

Eleonora le dedicó una nueva sonrisa.

—La llevaré.

No hablaron más, Joss se despidió de ella y desde la puerta del apartamento le vio encaminarse al ascensor.

Eleonora cerró tan pronto como le vio descender hacia la planta baja.

Quinientos mil dólares.

Medio millón… eran demasiados dólares, pero estaba Eleonora Calloway.

¿Merecía la pena arriesgarlos?

Joss se formulaba la pregunta una y otra vez, en tanto que también de vez en cuando consultaba su reloj de pulsera.

Las cinco en punto.

Quizá no viniera.

En ese caso, ¿para qué diablos continuar formulándose preguntas que no tenían ni una sola respuesta, aunque sólo fuera por el momento?

Con una mueca de desagrado, Joss abandonó el sillón donde se sentaba y se acercó al bar.

Empezó a prepararse un *whisky* y ya con él en la mano regresó al lugar que ocupara.

Las cinco y cinco.

Bebió un poco, apenas un sorbo, y en aquel momento el zumbador de la puerta de la calle empezó a sonar.

Se puso en pie, con un brillo especial en los ojos.

Eleonora Calloway acudía a la cita.

Ahora ya no era Don, su viejo y querido amigo Don, el que intervenía. Había esperado que aquello ocurriera y no se equivocó.

Se puso en pie y sin apresurarse atravesó el *living* y fue a abrir.

Desde el umbral, tal y como había esperado, mistress Eleonora Calloway le sonreía.

Una blusa sin mangas, en extremo sencilla.

Y la minifalda.

Ceñida a las caderas, como una segunda piel.

De los dos, fue Eleonora quien primero rompió el silencio.

—¿Por qué no deja de mirarme de ese modo, se aparta de la puerta y me invita a entrar?

Le estaba sonriendo, con los ojos brillantes, y Joss se la devolvió un tanto confuso.

—Perdone —dijo suavemente—. Vamos, entre.

Eleonora, sin dejar de mirarle, cruzó el umbral y se detuvo muy cerca esperando que cerrara la puerta.

Joss lo hizo y a continuación se volvió hacia ella.

Se acercó, sólo un paso, y ella dio otro.

A continuación, como fascinado por aquella sonrisa, por el brillo de aquellos ojos negros, se inclinó un poco y la besó suavemente en los labios.

Esperaba que le rechazara, que de primer intento dijera algo, alguna frase de protesta, pero no fue así.

Ante su estupor, Eleonora elevó los brazos y le ciñó el cuello mientras aplastaba sus labios contra los suyos en un beso que duró una eternidad.

Cuando la caricia terminó, sin pronunciar palabra, Joss la empujó decidido hacia el interior de la vivienda y ya en el *living*, sin soltarla de la cintura, preguntó:

—¿Quiere algo de beber, mistress Calloway?

Sin perder la sonrisa, Eleonora asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Un *whisky* si tiene, por favor.

Sin responder, sin soltarla, Joss la llevó al sofá y la obligó a que se sentara.

Lo hizo cabalgando una pierna sobre la otra y él miró largamente sus bellas piernas desnudas y luego, de un modo repentino, se volvió en redondo y fue al bar.

Cuando regresó a su lado, Eleonora Calloway no se había movido del sitio ni cambió de postura.

Joss se sentó a su lado y le entregó el alto vaso.

—Su *whisky*, mistress Calloway —dijo rodeándola por el talle.

Eleonora no respondió, tampoco hizo nada por librarse de aquel contacto.

Se limitó a llevárselo a los labios y bebió un poco.

Al terminar lo soltó sobre la mesita, junto al otro vaso que Joss se disponía a beber cuando ella había llamado, y sin deshacer el abrazo, ladeó la cabeza para mirarle.

—Y ahora, querido —dijo suavemente, ofreciéndole los labios—, va a besarme y después hablaremos de ese préstamo, ¿verdad?

Sin responder, Joss se inclinó sobre ella y por segunda vez en

pocos minutos ambos permanecieron estrechamente unidos, hasta que, de un modo repentino, estalló el disparo.

A continuación, un largo silencio se hizo en el interior del *living*.

CAPÍTULO PRIMERO

Detuvo el coche.

La muchacha estaba allí, en el interior de la cabina telefónica, hablando a través del micro teléfono o fingiendo que lo hacía.

Desde la ventanilla del negro sedán que conducía, la miró.

Morena, de pelo negro que le caía en cascada sobre los hombros y al parecer muy joven.

De veinte a veinticinco años —calculó—, a pesar de que hasta que no la viera de frente no podría predecirlo con exactitud.

Ahora terminaba, y una vez más se preguntó si se estaba comunicando con alguien o fingiendo que lo hacía.

Se encontraba de espaldas a la cerrada y acristalada puerta y se volvió en redondo tan pronto como depositó el auricular sobre su soporte.

La vio mirar atentamente y luego, casi al segundo, clavar los ojos en el coche.

Sólo entonces abrió la puerta y abandonó el lugar donde se encontraba.

Empezó a andar.

Larry O'Sullivan soltó el embrague y la siguió lentamente.

Minifalda que enseñaba los largos y esbeltos muslos, desprovistos de medias, casi en toda su maravillosa longitud, y zapatos de alto tacón.

Y una blusa.

Bolso blando en bandolera.

Movimiento de caderas, cadencioso, encantadoramente cadencioso y enloquecedor.

O'Sullivan
se adelantó un poco y detuvo el sedán junto al bordillo de la acera.

Esperó.

Uno, dos, tres, cuatro pasos, y preguntó, justo cuando ella pasaba junto a la ventanilla lateral derecha:

—¿Quiere que la lleve a alguna parte?

Ojos negros, grandes, rasgados, sombreados de largas y no menos negras pestañas, y piernas de ensueño, como ya pensaba, cuando se acercó lentamente.

—¿Para qué?

O'Sullivan
arqueó una ceja.

—Creí que se había perdido. Vamos, suba y la llevaré.

Ladeó el rostro para mirar.

Un perfil griego, perfecto, una boca un poco grande, de labios sensuales, y un mentón redondo y voluntarioso.

Perfectamente maquillada.

Abrió la portezuela.

Minifalda y… lo demás cuando subió acomodándose a su lado.

Cerró.

—¿Adónde la llevo, miss…?

Le miró de frente y respondió sin dar su nombre, y con otra pregunta:

—¿Adónde quiere llevarme? ¿A su apartamento?

Sonrió.

—Lo pasaríamos bien.

—Sí, claro, pero eso no…

—Podemos ir al suyo.

No devolvió la sonrisa cuando contestó:

—Para que no sea al de ninguno de los dos, podemos ir a otro cualquiera.

O'Sullivan
embragó y luego, poco a poco, para ir ganando velocidad por momentos, despegó el sedán del bordillo y alcanzó el centro de la calzada.

—¿Y es…?

—Un hotel.

—¿Para una entrevista?

Los ojos negros la asaeteaban a través del retrovisor.

—Sí, así es.

O'Sullivan tardó varios segundos en contestar.

—Hay moteles a todo lo largo de la carretera estatal o en la 21. Podemos ir a uno de ellos y alquilar una cabaña.

Los negros ojos miraron ahora a través de la ventanilla.

—Lléveme adonde quiera. Usted manda.

No respondió.

Continuó conduciendo en silencio, buscando ahora la carretera 21.

—¿Para qué…?

—Para compartir una cabaña en un motel con usted, desde luego, no.

—Lo he supuesto. ¿Para qué?

Le estaba mirando de nuevo, estudiando su rostro duro como el granito, donde la nota más predominante eran los grises y helados ojos y los labios, delgados y crueles, fruncidos perennemente en una dura línea que ahora se quebró al insistir:

—¿No contesta?

Ella hizo una mueca.

—¿Le importaría esperar un poco más? Hasta que lleguemos.

O'Sullivan no contestó.

Por debajo de las ruedas del sedán, la carretera 21 se deslizaba hacia atrás.

Preguntó:

—¿Nos detenemos en el primero, o tiene preferencia por alguno, miss…?

—Le diré mi nombre más tarde —interrumpió ella—, con todo lo demás… ¡Ah! Puede detenerse en el que mejor le acomode.

Lo hizo treinta minutos más tarde, en la zona de estacionamiento; apagó el motor y la miró.

Los rojos e incitantes labios estaban fruncidos y los obsesionantes ojos le miraban sin un solo parpadeo.

—¿Una copa?

Denegó con la cabeza.

—No en el bar —dijo—. Lleve una botella a la cabaña que

alquile y un par de vasos, si es que desea invitarme.

Dando la callada por respuesta, abrió la portezuela y abandonó el coche.

Se volvió a mirarla.

Con las manos sobre los muslos desnudos, ella miraba hacia el otro lado.

La interpeló:

—¿No viene?

—Vaya usted. Yo… no deseo que me vean mucho. Iré tan pronto como me haga una seña.

No respondió.

Dio media vuelta, se alejó, y desde el interior del coche la muchacha le miró fijamente, y ya no apartó los ojos de su espalda hasta que no le vio entrar en el edificio principal del motel.

Diez minutos más tarde le vio reaparecer y andar hacia la izquierda, volverse hacia el coche y hacer una seña con la mano.

Esperó un poco, y cuando le vio detenerse en una de las cabañas, saltó del coche al suelo y siempre amparándose en las sombras avanzó rápidamente.

La puerta.

Se detuvo frente a ésta, vaciló por espacio de unos segundos y a continuación la empujó y entró.

La cerró a su espalda y se volvió a mirarle.

Larry O'Sullivan estaba preparando un par de *whiskys*, sentado en uno de los sillones.

—Vamos, pase y siéntese.

—No me gusta cómo me mira, ¿comprende?

La miró arqueando una ceja.

—Póngase algo sobre las piernas, muchacha, y no la miraré.

Hizo una mueca y se le acercó.

—No me gusta ni lo uno ni lo otro, pero no tengo más remedio que aguantarme.

—Correcto si es así, en cuyo caso no lo diga. ¿Se sienta?

Lo hizo.

—Su *whisky*.

Tomó el vaso, bebió hasta mediarlo, lo soltó sobre la mesita y le miró de frente.

Esperaba.

Unos minutos nada más.

—¿Y bien…? ¿Qué es lo que desea de mí?

La morena descruzó las piernas en un espectáculo impresionante y se inclinó hacia él.

—Protección —dijo.

La impasibilidad de piedra del rostro de
O'Sullivan
no se alteró.

—¿Qué clase de protección? —preguntó.

—Toda la que me pueda dar, ¿comprende? Deseo… quiero que no me pierda de vista durante el día, y que por la noche se mantenga cerca de mí.

—¿Qué tan de cerca?

Los negros ojos chispearon cuando se enderezó sobre el sillón.

—Todo lo cerca que usted desee. Es un precio, ¿no? Uno como otro cualquiera.

Lo era, a juicio del propio
O'Sullivan,
que respondió:

—¿Para qué?

Una de las negras cejas se levantó.

—Especifique más, ¿quiere?

—Le estoy preguntando, muchacha, sobre los motivos que pueda tener para desear mi protección.

—Eso no se lo voy a decir a usted.

O'Sullivan
no respondió; se limitó a tomar su vaso, del que bebió largamente.

Al terminar, fue ella la que insistió:

—¿Qué contesta,
O'Sullivan?

—Me temo que no voy a poder ayudarla.

—Usted lo hará.

—¿Sí…?

—Seguro. —Se llevó el vaso a los labios, y después de terminar con el resto del licor añadió—: Veinte de los grandes y… la posibilidad de estar cerca de mí a todas horas.

—¿Por qué?

—Esa pregunta ya se la respondí antes,
O’Sullivan.
Ahora añadiré algo más: estoy sentenciada a muerte.

Lo sé y eso basta. Por tanto, repito, yo misma, si lo desea, y veinte mil dólares por jugarse el pellejo a cara o cruz. Usted responde.

La miró de pies a cabeza.

No llevaba medias y la falda, la minifalda, ajustada a las caderas como una segunda piel.

Fascinante.

Desvió los ojos hacia la abierta ventana por donde penetraban las negruras de la noche exterior y estrellada.

—¿Sin preguntar nada?

—Exactamente. Sin hacerlo.

La miró una vez más, ahora a los ojos.

Negros, insondables e inexpresivos.

—De acuerdo —dijo pausadamente—. ¿Qué hay que hacer?

Ella le dedicó una sonrisa, la primera, y respondió:

—Me llamo Norma,
O’Sullivan
—dijo—. Norma Preston, pero puede llamarme Norma.

La respuesta fue:

—¿Desea un nuevo *whisky*?

Volvió a sonreír mostrándole sus blancos y perfectos dientes, y se puso en pie.

—Ahora no, querido —replicó—. Estoy cansada y deseo dormir. —Desvió los ojos hacia una de las dos puertas que tenía frente a sí misma, y por tanto a espaldas de
O’Sullivan,
y añadió—: Creo que una de aquellas puertas corresponde al dormitorio, ¿no?

—Sí, así es, y la otra al cuarto de baño.

Lentamente, Norma le volvió la espalda y
O’Sullivan
la siguió:

Una puerta, el cuarto de baño.

La otra…

Entraron el uno detrás del otro y justo cuando alcanzaban el

centro del dormitorio,
O'Sullivan
preguntó:

—¿Vamos a estar mucho tiempo aquí, muchacha?

Se volvió a mirarle llevando los ojos más insondables, más misteriosos que nunca.

—Nos iremos mañana por la mañana.

—¿Juntos…?

—Ya le dije que sí.

O'Sullivan
no respondió, pasó por su lado en dirección al lecho, tomó una de las mantas y se volvió a mirarla.

—Buenas noches, muchacha —dijo yendo hacia la puerta—. Que descanse.

Ojos obsesionantes que expresaban sorpresa.

—Le dije que podía quedarse…

—Lo sé, Norma, pero prefiero estar a solas… ahí fuera.

Cruzó el umbral cerrando a su espalda, sin aguardar respuesta. Se acercó al sofá y se tendió en él, no sin antes haber encendido un cigarrillo.

Entonces la llamó.

—Norma…

Unos segundos en silencio, muy pocos, y la puerta del dormitorio se abrió.

—¿Sí…?

—Apague la luz cuando vaya a acostarse… y gracias.

La muchacha no respondió, lo hizo así después de lanzarle una larga mirada y entró en el dormitorio.

Fuera, en el *living*, en el sofá,
O'Sullivan
pensaba mientras fumaba lentamente.

No lo esperaba, pero se quedó dormido.

Nunca supo por cuánto tiempo ni qué fue lo que le despertó, pero de un modo repentino lo hizo y, como siempre, con todos los sentidos alerta.

No obstante, no se movió del sofá.

Lentamente ladeó la cabeza a ambos lados, mirando a su alrededor, ahora sumido en una suave penumbra.

La ventana abierta y una sombra de espaldas a él.

Lentamente, O'Sullivan abandonó el sofá y se acercó.

Una mini combinación negra y estaba descalza.

Se detuvo a su lado y miró fuera, notando el suave perfume que usaba.

—¿Puedo preguntarle qué hace aquí?

No se volvió a mirarle cuando contestó:

—No podía dormir, y por lo que veo, a pesar de que no quise hacer ruido, le desperté.

O'Sullivan hizo una mueca que ella no vio.

—Por otra parte —añadió—, me gusta mirar las estrellas. En Nueva York no puedo hacerlo.

—¿Sí…? ¿Y qué clase de estrellas?

—¡Oh, todas! Alfa Centauro entre otras. Lástima que no puede verla a simple vista, por lo menos desde aquí.

—¿Aficionada a la astronomía?

Se volvió hasta enfrentarle y los negros ojos le asaetearon.

—No en el sentido que usted quiere dar a la pregunta.

—¿Entonces…?

—Me gusta Alfa Centauro. Eso es todo.

—¿Y sólo por tratar de averiguar dónde se encuentra en este momento?, va a velar toda la noche.

Los labios rojos y sensuales se distendieren en una sonrisa.

—No, ni mucho menos.

Empezó a andar en dirección a la puerta del dormitorio, y O'Sullivan puso una de sus grandes y fuertes manos en su espalda semidesnuda.

—Trate de dormir —dijo suavemente—. No va a ocurrirle nada. Ni a usted… ni a su estrella favorita —terminó con burlona ironía.

La puerta.

Se detuvo y la soltó sin que Norma hubiera hecho nada por apartarse del contacto de su mano.

—Buenas noches —añadió.

—Buenas noches, Larry, que descanse.

Se quedó allí, viéndola entrar, y aún permaneció cerca de un minuto con los ojos fijos en aquella puerta después de que Norma la hubo cerrado delante de sus ojos y luego regresó al sofá.

Se quedó dormido por segunda vez y también de un modo inesperado.

* * *

El timbre de la puerta.

Calloway hizo un gesto de desagrado y la soltó apartándola de sí mismo, con lo que ella se puso en pie, abandonando sus rodillas.

—¿Quién es…? —preguntó.

Don Calloway se encogió de hombros y sus ojos patinaron sobre la esbelta figura de la muchacha que a su vez le observaba fijamente con sus grandes y rasgados ojos azules, en los cuales se podía leer la pregunta que le formulara a viva voz.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —preguntó.

El timbre continuaba sonando.

—¿No vas a abrir?

Calloway señaló una de las puertas.

—Entra ahí, termina de vestirte y espera, o sal por la escalerilla de emergencia.

—¿Hace falta eso? —preguntó. Hizo una pausa y añadió burlona —: Hace tres días que Eleonora se cargó a tu amigo Latimer… y en ese tiempo te has vuelto muy suspicaz. Antes no eras así.

—¿Cómo lo sabes?

—¿El qué?

—Que fue Eleonora quien mató a Latimer.

En la puerta, el timbre no callaba.

—Es sencillo, querido. Por lo menos para mí. ¿O has olvidado que ella se fue aquella noche con él?

—Eso no prueba nada.

—No, desde luego que no…, ni su desaparición tampoco. —Hizo una pausa y añadió—: Eleonora fue al día siguiente a su finca, ¿no? La policía encontró sus huellas allí… y el cadáver de Latimer. Quizá tu amigo la sedujo y luego, arrepentida, le voló la tapa de los sesos de un balazo, ¿no?

Lentamente, Calloway, con sus veinticinco años, se puso en pie.

—Será mejor que te marches ahora, Jenny —dijo—. Nos veremos mañana.

—¿En Wall Street?

—¿Por qué allí precisamente?

La sonrisa de ella se amplió.

—Sé que te estás hundiendo con la baja del dólar, el envío de tropas a Camboya y…

—¿Qué cuernos tiene eso que ver, Jenny?

—Tal vez nada, pero la Bolsa se tambalea y tú lo sabes. Ha sido un error enviar a esas tropas…

El timbre del zumbador de la puerta de la calle, al sonar una vez más, la interrumpió, momento que Calloway aprovechó para volverse de espaldas a ella, y entonces avanzó hacia la puerta.

Tras una ligera vacilación por su parte, Jenny lo hizo a la inversa y desapareció por una de las puertas que daban acceso a una de las habitaciones de la casa.

Tres minutos más tarde, empezaba a descender hacia la calle por la escalerilla para caso de incendio.

En el interior de la vivienda, con la mano sobre el tirador de la puerta, luego de haber descorrido los cerrojos, Calloway preguntó:

—¿Quién diablos llama a esta hora?

—Policía, abra.

Lo hizo lentamente.

Dos, y los dos de paisano.

—¿Pueden identificarse? —preguntó.

Lo hicieron y entonces se apartó del umbral para dejarles pasar.

El *living*. Calloway les indicó los sillones e invitó:

—Siéntense, ¿quieren?

Lo hicieron sin dejar de mirarle, hasta que uno de los dos preguntó:

—¿Volvió mistress Calloway?

—No, y pueden registrar el apartamento, si lo desean.

Ninguno de los dos contestó a aquello, aunque el mismo de antes sí, respondió:

—Eso, míster Calloway, no va a ser necesario.

Hubo una pausa.

—¿Por qué?

Con los pantalones del pijama y la camiseta de verano, y nada

más.

—Vístase, que nos vamos.

Arqueó una ceja, mirándoles alternativamente.

—¿Adónde? —preguntó.

—A la Morgue.

Calloway hizo una mueca.

—¿Eleonora…?

Volvieron a mirarse y se pusieron en pie.

—No lo sabemos aún. Está bastante desfigurada y puede que sea ella. ¿Se viste?

Calloway sacudió la cabeza.

—Sí, claro —murmuró entre dientes—; ahora mismo.

Dio media vuelta y se encaminó a su dormitorio seguido por uno de los dos que se mantuvo en el umbral, sin dejar de observarle hasta que terminó de vestirse.

—¿Vos vamos ya?

—Sí, cuando quieran.

Salieron llevándole en medio, y de allí al ascensor.

Empezaron a descender.

La planta baja y la calle.

—Tenemos el coche un poco más allá, míster Calloway.

Asintió en silencio y empezó a andar hacia el «Cadillac» que había estacionado a unas yardas de distancia de la puerta que daba acceso al edificio donde tenía su apartamento.

Llegó el primero, precedido de los dos, abrió la portezuela y miró al interior.

Entonces se irguió, se volvió en redondo, presto a la defensa.

—¡Oigan, amigos —dijo—, ustedes no son poli…!

No tuvo tiempo a más.

Alguien, a su espalda, procedente del interior del coche, le golpeó en la nuca con una porra de goma y Calloway se vino abajo como un saco, pero en honor a la verdad ni siquiera tocó el suelo, ya que uno de los dos le sujetó mucho antes de que cayera.

—Vamos —dijo—, adentro con él.

El coche se puso en marcha.

Una hora más tarde, cuando se recobró, el automóvil se encontraba detenido bajo unos árboles, bastante apartado de la carretera principal.

Abajo, muy abajo, los rompientes y el mar.
Calloway sacudió la cabeza y les miró.
Tres con el que llevaba el coche.
—¿Qué diablos…?
—Salga fuera, ¿quiere?
—¿Para qué?
—Hablaremos, míster Calloway.
—¿Sí…? ¿De qué?
—Se lo diré fuera. Vamos, ¿baja, o le sacamos nosotros?
Volvió a mirarles.
Ninguno le apuntaba con arma alguna, pero Calloway sabía que al menor intento agresivo le matarían… como también iban a matarle tan pronto como abandonara el coche.
No obstante, no había otra opción y…
—¿Baja…?
No respondió, se volvió a la inversa y descendió del automóvil.
—Camine hacia allí.
Miró.
Rocas, alguna que otra mata, y la luna rielando sobre el mar que tenía a ciento o ciento cincuenta yardas por debajo de él.
—¿Qué pretenden?
—Camine —fue la respuesta que obtuvo—, y una vez junto a aquellas rocas, deténgase.
Calloway les volvió la espalda y empezó a andar esperando de un momento a otro el disparo que terminaría con su vida y que, no obstante, no se produjo.
—Ahí está bien. Y ahora, vuélvase.
Lo hizo lentamente y les miró.
Dos.
Los mismos que se presentaron en su apartamento llevando las placas de la policía en los bolsillos.
Miró hacia la izquierda.
En la distancia, las luces de Manhattan brillaban en la noche.
—¿Qué quieren?
—Dos preguntas, y le dejaremos ir si nos responde con la verdad.
—Correcto; suéltelas.
—Primera; ¿dónde está mistress Calloway?

—Salió una noche y ya no volvió. O mejor dicho… fue una tarde, hace un par o tres de días. La policía la está buscando.

—Sabemos eso. ¿Adónde fue?

—Les dije que no lo sabía.

Se miraron y volvieron a mirarle.

—Segunda: Alfa Centauro.

—¿Qué es eso?

Uno de los dos, él que llevaba la voz cantante, miró hacia arriba, a las estrellas.

—Es una estrella —dijo—. Dicen que está muy lejos de la tierra. Años luz…, pero eso no me interesa.

—¿No…?

—No, ni mucho menos.

—Entonces…

—Es un dicho, una sigla, o un significado. Queremos saber cuál.

—¿Y me lo están preguntando a mí? No soy astrónomo, ni me interesa la astronomía. Por otra parte, en cualquier libro encontrarán todo lo referente a esa estrella, a esa constelación o cómo diablos se llame en realidad.

—¿Nada más?

—Nada más en lo que a mí respecta.

Silencio, muy corto, pero no por ello menos siniestro, que rompió el mismo de siempre.

—Es muy poco, míster Calloway. Demasiado para dejarle vivir. Responda con la verdad; ¿qué significa para usted Alfa Centauro?

Calloway miró hacia arriba, al negror del cielo.

—Simplemente una hermosa estrella —respondió calmosamente y mirándoles de nuevo.

Pero cuando lo hizo, ellos ya tenían las armas en la mano, con las que le estaban apuntando.

CAPÍTULO II

Rubia, de grandes e intensos ojos azules y tan joven como hermosa.

Una escotada blusa y pantalones acampanados con zapatos de medio tacón y puntera redonda.

Pensaba.

Era curioso.

Desde que le conocía, una sola vez había estado a punto de perder la cabeza: aquella noche, y no hacía muchos minutos.

Y el caso es que le agradaba sentirse acariciada y besada por Calloway, pero aquello era contraproducente.

No entraba en el juego, no entraría nunca.

Alcanzó la calle y empezó a andar.

Poco a poco la escalerilla de emergencia quedó atrás, alcanzó la esquina y miró.

Frente a sus ojos la amplia avenida, los escasos peatones, los coches, y más allá, muy cerca de la siguiente bocacalle, un negro y silencioso «Cadillac».

Se acercó a uno de los escaparates y miró.

Pensaba y, mientras lo hacía, recordaba.

En algún lugar de Nueva York se encontraba una mujer llamada Eleonora Calloway, quizá huyendo o tal vez no.

También había una segunda o tercera posibilidad.

Quizá hubiera muerto.

En la Morgue, esperando la autopsia, el cadáver de un hombre llamado Latimer Joss, al decir de las gentes de Wall Street, amigo íntimo de la familia Calloway.

¿Del propio Calloway o de Eleonora?

Toda una pregunta cuya respuesta, por lo menos la verdadera, todavía la ignoraba.

En la Casa Blanca, en Washington, el Senado norteamericano…

La CIA, y Camboya.

La tristemente y célebre compañía Charlie al mando de un nuevo capitán… y las luces multicolores de Manhattan, Broadway, la Quinta Avenida…

Jennifer Walker se apartó del escaparate y miró.

Tres hombres caminando a espalda de Calloway, y el «Cadillac».

Esperó hasta que vio la agresión y cómo era introducido en el coche, y sólo entonces se apartó de allí.

Calle 17, media cuadra antes de su cruce con Broadway.

Le gustaba Broadway, pero no era aquél el momento para ir a divertirse en alguno de sus múltiples clubs nocturnos.

El coche.

Un «Alfa Romeo» modelo deportivo.

Jenny se acercó lentamente a él, abrió la portezuela utilizando las llaves que extrajo de su bolso, subió, lo puso en marcha y emprendió el camino.

Veinte minutos más tarde se encontraba en la Calle 17, frente al número 590.

Estacionó en la acera opuesta, lo cerró con llave y cruzó la calle.

Utilizó el ascensor hasta alcanzar el piso doceavo y frente al apartamento 435, L, se detuvo.

Entró.

El *living*.

Jenny frunció el ceño cuando oyó repiquetear el timbre del teléfono, y sin apresurarse se acercó a la mesita donde se encontraba instalado y tomó el auricular.

—¿Dígame…?

—¿Miss Walker?

—Sí, yo misma.

Unos segundos de silencio, muy pocos, y una nueva pregunta:

—¿Dónde podré verla?

—¿Ahora…?

—Sí, claro.

Fue Jenny la que guardó silencio por espacio de varios segundos, hasta que finalmente contestó:

—¿En mi apartamento…?

—¿Por qué no? Es importante.

Jenny le dedicó una mueca al auricular.

—¿Cómo de importante? —preguntó.

—Calloway…

—¿Él o ella?

Un nuevo silencio, ligero como el viento, y la misma voz fría y metálica que había al otro lado contestó:

—Él.

—No hace mucho dejé que me besara en su propio apartamento.

—¿Y…?

—Nada. Es duro.

—Ahora se ablandará, tan pronto como… —se interrumpió a sí mismo para añadir tras un breve silencio—: Estaré ahí dentro de media hora, Jenny. No se acueste, por favor.

—¿No puede adelantarme algo por teléfono?

Al otro lado del hilo calcularon posibilidades y, luego, de un modo repentino, surgió la pregunta:

—¿Conoce a Larry
O'Sullivan?
Es un tipo que… Escuchó en silencio y a continuación, lentamente, colgó el auricular para volverse en dirección al pequeño bar instalado en uno de los rincones.

Cinco minutos más tarde, Jenny Walker se encontraba sentada en uno de los sillones, con el vaso de *whisky* en la mano, esperando.

* * *

Abrió los ojos, le dolía el cuerpo, por lo que maldijo entre dientes y se puso en pie abandonando el sofá.

Escuchó.

Silencio.

Miró alrededor y durante unos segundos, sus ojos grises y duros se clavaron en la mesita que había a su lado, donde aún continuaban los dos vasos de *whisky* de la noche anterior, donde ahora había algo más.

Un talón contra el Central Bank de Nueva York y una nota.

Un talón por diez mil dólares.

O'Sullivan
le lanzó una fugaz mirada y acometido de una súbita idea se acercó

al dormitorio de una zancada.

Abrió la puerta por el sencillo procedimiento de empujarla y miró al interior.

Nada.

El lecho no había sido tocado y de Norma Preston no había ni rastro.

Ni la más leve huella.

Se volvió en redondo, desanduvo lo andado y se acercó a la mesita del *living* para tomar la nota. Escueta.

> «Le entrego un talón por diez mil dólares, O'Sullivan,
> como primeros honorarios al compromiso que tiene contraído conmigo. Le llamaré a usted antes de la noche».

No había firma.

O'Sullivan
tomó el talón, lo examinó a conciencia y luego de doblarlo lo guardó en su cartera.

Volvió a mirar alrededor.

«… Le llamaré a usted…».

Se encogió de hombros, fue al cuarto de baño, donde se desvistió, se dio una ducha, y tres cuartos de hora más tarde, entraba en el bar del motel.

Cuando Norma Preston le llamara, él ya no se encontraría allí.

En el mostrador pidió un par de bollos y un café con leche, que devoró en pocos minutos, y de nuevo se vio fuera junto a su coche.

Subió y se alejó en dirección a Nueva York, con la mente sumida en un sinfín de pensamientos.

Protección para una mujer que deseaba su protección… y no obstante se marchaba al día siguiente sin decir adonde, pero con una promesa.

No, no se encontraría al pie del teléfono cuando ella llamara al motel.

Hora y media más tarde se encontraba en pleno Distrito V, frente al número 696 de la Calle 50, en cuyo undécimo piso tenía su

apartamento.

Subió empleando el ascensor, abrió con su llavín y nada más hacerlo,
O'Sullivan
supo que había un intruso en el interior.

No lo era.

Era una intrusa que en aquel momento se levantaba de uno de los sillones del *living* dedicándole una tímida sonrisa.

Rubia de grandes ojos azules.

Senos altos y firmes, cuyo nacimiento se entreveía debido al escote de la blusa, y unos cortísimos *shorts*.

Muslos largos y bien torneados, lo mismo que el resto de las perfectas piernas.

—¿Cómo ha entrado aquí?

La sonrisa de la rubia se amplió.

—Encontré la puerta abierta. Un descuido imperdonable para un hombre como usted.

Aquello era una mentira tan grande como un templo, pero a pesar de saberlo,
O'Sullivan
no insistió, aunque sí formuló una nueva pregunta:

—¿Quién es usted?

La rubia dejó de sonreír.

—Mi nombre no le dirá nada —respondió.

—¿No…?

Ella hizo una mueca.

—No, de ningún modo.

O'Sullivan
pensó rápidamente.

—¿Qué le parece si nos sentamos y hablamos un poco de todo esto?

La rubia asintió en silencio:

—Si lo desea —dijo dejándose caer en el sillón, para en el acto cabalgar una pierna sobre la otra—. Después de todo, estoy en su casa.

—Celebro que lo piense así.

Se sentó frente a ella y la miró de pies a cabeza, en tanto que los ojos azules no se apartaban de los suyos ni un solo segundo.

—¿Y bien…?
—Vengo a hacerle una proposición.
O'Sullivan
arqueó una ceja.
—¿Qué proposición? —preguntó.
—¿Alfa Centauro, querido?
—¿Qué es eso? ¿Una estrella?
Los ojos azules chispearon.
—Eleonora Calloway —dijo lentamente—. Mistress Eleonora Calloway, míster
O'Sullivan.
Ni siquiera le preguntó cómo sabía su nombre; simplemente se limitó a preguntar:
—¿Quién es…?
—¿No lo sabe?
O'Sullivan
extrajo el paquete de cigarrillos, le ofreció uno y luego de haberlos encendido preguntó:
—Estamos perdiendo el tiempo, muchacha, con ese duelo de preguntas y preguntas. En concreto, ¿qué es lo que desea y quién es usted?
Ella se retrepó contra el respaldo del sillón.
O'Sullivan
no apartó los ojos, pero tampoco su rostro expresó nada de lo que indudablemente pensaba en aquel momento.
—Voy a hacerle una proposición.
—Suéltela, ¿quiere?
—Cincuenta de los grandes por… una estrella. ¿Qué le parece?
Los labios delgados e incoloros de
O'Sullivan
se distendieron, pero ella, a pesar de verlo perfectamente, no hubiera podido jurar que se tratara de una sonrisa.
—¿Alfa Centauro? —preguntó.
—Exacto,
O'Sullivan.
Por esa estrella y porque me diga dónde se encuentra mistress Calloway.
O'Sullivan

tardó varios segundos en contestar y cuando lo hizo dijo:

—Vamos por partes, pequeña, exactamente, ¿qué es Alfa Centauro?

La rubia le dedicó una sonrisa.

—Algo que para usted vale treinta de los grandes.

—¿Y los otros veinte mil?

—¡Oh! Pongamos que por unas señas. Las de una mujer, tanto o más rubia que yo… y con más fachada, querido. ¿Qué responde?

—Sencillamente que aun a trueque de pecar de incorrecto, voy a tener que rogarle que salga de mi apartamento si no deja los subterfugios a un lado.

—¿Es que no le gustaría tenerme aquí con usted?

—¿Para siempre?

—No. Eso es demasiado tiempo. Pongamos un par de horas, o hasta mañana…

O'Sullivan sonrió.

—Incluso de ese modo, para mí sería demasiado. ¿Se marcha?

La rubia se puso en pie.

—Volveré —dijo lentamente, a que me dé la respuesta.

—No sé, y le digo la verdad, de qué me está hablando.

—Es posible…, pero nadie va a creerle. Veinticuatro horas, O'Sullivan, y ni el Departamento de Estado de Estados Unidos podrá salvarle a usted.

—¿Qué ocurrirá si la reduzco a la impotencia y llamó a la policía?

—Nada…, por lo menos a mí. Procuraré que me deje marcas en la lucha, querido…, y luego diré… lo que se me ocurra, y saldrá perdiendo.

Desde las profundidades del sillón donde se encontraba, O'Sullivan le dedicó una sonrisa, que la rubia no devolvió.

—Un momento —dijo después.

—¿Sí…?

—Hábleme de mistress Eleonora Calloway, ¿quiere?

—¿Es que no sabe quién es?

—No hace mucho me hizo una pregunta parecida a ésa, por lo

que ya sabe la respuesta. ¿Quién es?

La rubia le miró atentamente y se le acercó, pero no mucho.

—Una mujer… La esposa de uno de esos tipos de Wall Street, y está perdiendo en la bolsa. Fue a ver a otro tipo, a un tal Latimer Joss… que luego murió. ¿No recuerda ahora?

La sonrisa de O'Sullivan fue decididamente burlona cuando preguntó:

—No me dirá que es esa… estrella… Alfa Centauro, ¿verdad?

—¿Quién? ¿Mistress Calloway?

—Sí.

—No. ¡Claro que no!

—¿Y Latimer Joss?

—Uno de los peones. Lo mismo que usted, O'Sullivan. Sólo que él ha muerto ya —empezó a retroceder hacia la puerta sin que él se moviera del sillón, y con la mano en el tirador ladeó la bella y altiva cabeza para mirarle—. Veinticuatro horas, O'Sul…

La interrumpió:

—¿Adónde? —preguntó.

—Tendrá no…

El súbito sonido del timbre del teléfono la interrumpió y por espacio de varios segundos ambos se miraron en silencio, hasta que la rubia lo rompió:

—¿No contesta, querido?

Perezosamente, sin perderla de vista, O'Sullivan se puso en pie, se acercó al teléfono y tomó el auricular.

—O'Sullivan —dijo—, ¿dígame…?

—Hola, querido. Quiero que me lleve a bailar esta noche, ¿comprende?

Una voz que había oído una sola vez, la noche anterior, la de Norma Preston, y sin poderlo evitar, sin dejar de mirar a la rubia, sonrió.

—¿Dónde iremos? —preguntó.

—A Broadway.

—¿Vendrá usted a buscarme?

Al otro lado del hilo se oyó una tenue risita.

—¡Cierto que no, querido! Usted ya perdió su oportunidad conmigo.

—En ese caso, creo que…

—Escuche, Larry, y haga lo que le voy a decir tan pronto como den las ocho de la noche…

O'Sullivan
se mantuvo atento durante unos minutos y a continuación cortó la comunicación.

Al hacerlo, sin moverse de la puerta donde se encontraba, la rubia preguntó:

—Mistress Calloway, ¿verdad?

O'Sullivan
la miró burlón.

—¿Cuánto daría por saberlo, pequeña? —preguntó a su vez.

Los ojos azules chispearon.

—Lo sabré de todos modos —dijo.

Dio media vuelta, abrió la puerta, cruzó el umbral y cerró suavemente a su espalda.

O'Sullivan
no se movió.

No lo hizo hasta que el sonido de sus pasos se perdió definitivamente.

—Tendré que cambiar esa cerradura —monologó.

Dio media vuelta y se dejó caer en el sillón.

Pensaba en las estrellas.

* * *

No se estremeció ni hizo un solo gesto.

Sólo les miraba, fijo, muy fijo, hasta que preguntó:

—Van a matarme, ¿verdad?

—Aún no, míster Calloway. Aún no.

Siguió una larga pausa, sólo rota por el rumor del mar contra las rompientes.

—¿Y…?

—Deseamos ver a su esposa. Eso es todo.

—¿Todo…? No creo que lo sea.

—¿Por qué?

—Les dije que se marchó con míster Joss, y ya no volvió. La policía la está…

—Eso ya lo dijo antes. Ahora, deseamos que nos ayude.

—¿Para qué?

—Pongamos que necesitamos verla antes que la policía consiga echarle la vista encima.

—¿Por qué?

Sin responder a su pregunta, el mismo de antes respondió:

—¿A qué fue su esposa a casa de Latimer Joss, Calloway?

El magnate de Wall Street hizo una mueca.

—A por quinientos mil dólares —repitió la mueca y prosiguió—: Cité a Joss en mi casa, pero cuando llegó, me encontraba ocupado con una visita, por lo que ella le atendió. Luego… me dijo que tenía una cita con él para hablarle del préstamo y…, y… fue la última vez que la vi; que supe de ella, y no hay más verdad que ésa.

Se miraron los dos, sin dejar de apuntarle hasta que el mismo de siempre preguntó:

—¿No se deja nada por decir, míster Calloway?

Arqueó una ceja.

—No —respondió—. ¿Qué podía dejarme?

Como primera respuesta recibió una sonrisa.

—Por ejemplo, los verdaderos motivos que mistress Calloway, su esposa, tuvo para acudir a esa cita… y no para pedir un préstamo precisamente.

El rostro de Calloway se contrajo.

—¿Me está diciendo que eran amantes? —preguntó.

La sonrisa del otro se amplió.

—Nada de eso, y usted lo sabe, Calloway. Fue a esa casa a matarle. Nada más que a eso. Latimer Joss, además de ser uno de los principales magnates de la Bolsa era…, era… Bueno, Calloway, eso no le importa a usted…, si es que ya no lo sabe. Y ahora, por última vez, ¿dónde se encuentra su esposa? Ella mató a Joss y luego desapareció. ¿Dónde fue?

Calloway no contestó, repentinamente dio un salto de costado y luego se lanzó contra los pies de su oponente y ambos rodaron por

entre la hierba y la tierra, en tanto que el otro, con la automática en la mano permanecía a la expectativa.

Luchando por dominarse mutuamente, Calloway con una sola idea, la de quitarle el arma antes de que lograra disparar.

Nunca supo cómo logró hacerlo, pero de un modo repentino se separó de él y entonces lanzó la pierna derecha.

El tipo recibió el golpe en la espinilla, se oyó un chasquido, un alarido, y le vio doblarse para caer lo mismo que un saco sin dejar de revolcarse en el suelo y se puso en pie justo en el momento en que el otro cargaba contra él, pero sin dispararle, fue entonces cuando comprendió que no deseaban matarle, por lo menos por el momento. Fintó con la izquierda, llevando en los ojos ansias homicidas.

El otro hizo un amago y luego disparó la derecha, alcanzándole en el mentón y tan pronto como le vio dar una vuelta sobre sí mismo cargó contra él, pero aquella segunda vez no logró alcanzarle, ni rozarle siquiera…

Por detrás de él, el conductor del coche le golpeó, con una pesada llave inglesa.

Calloway, sin un solo gemido, se vino al suelo como un saco, por dos veces en menos de dos horas.

CAPÍTULO III

El «Alfa Romeo», en la esquina inmediata.

Jenny miró a todos lados y avanzó apresuradamente hacia el coche, abrió la portezuela y se introdujo en él.

Dio el encendido, embragó, y empezó a despegarlo del bordillo de la acera buscando el centro de la calle.

A su espalda, un «Mercedes Benz» pintado de azul oscuro hizo lo propio, conducido por la mano magistral de Aldo Nicolai.

Una calle, otra, otra más, Broadway hacia el puente de Brooklyn, pero Jenny no llegó.

Siempre a su espalda, Nicolai continuaba en su seguimiento mientras pensaba.

Los nuevos bombardeos en el Vietnam, las protestas callejeras contra la invasión de Camboya, la preocupación de Washington, la muchacha que tenía delante, Eleonora Calloway, Alfa Centauro…, todo, todo aquello, iba unido entre sí.

Un bar.

Times Square, en el Distrito V.

Hizo una mueca.

El coche se detenía, continuó adelante y materialmente pegó el motor del «Mercedes» contra la trasera del «Alfa Romeo», extrajo un cigarrillo y lo encendió, sin dejar de mirar.

Unas piernas largas, desnudas, los *shorts*, y la figura de Jenny Walker.

Joven y hermosa.

Nicolai repitió una vez más su mueca favorita.

¿Dónde entraría? ¿En el bar o en cualquiera de aquellos edificios que tenía delante?

El bar.

Era una oportunidad, mejor, mucho mejor que en cualquiera de aquellas casas que había a todo lo largo de la manzana.

Esperó a verla entrar.

Sólo entonces abrió la portezuela del «Mercedes» y por entre la gente que casi abarrotaba la acera, caminó hacia la encristalada puerta que empujó para entrar.

Muslos perfectos, el uno encima del otro…

Se acercó a uno de los taburetes y se sentó a su lado, sin mirarla.

—Un «manhattan» con hielo —pidió al barman, que se acercaba en aquel momento a él.

—Ahora mismo.

Se alejó. El italiano la miró de través.

Muy hermosa y muy joven.

Sonrió para sí.

Ella, Jenny Walker, tenía un vaso de *whisky* en la mano y sus azules ojos estaban fijos en el fondo del vaso con expresión meditativa.

Nicolai esperó a que le sirvieran lo que había pedido y tan pronto como el barman se alejó hacia el otro extremo del mostrador para atender a otro de los clientes, la enfrentó y dijo sencillamente:

—Alfa Centauro, muchacha.

Se sobresaltó.

Fue algo muy leve, apenas perceptible, pero que Nicolai no dejó de percibir mientras que los ojos azules, ahora muy abiertos, le miraban fijamente.

—¿Cómo dijo usted? —preguntó.

Nicolai le dedicó una de sus mejores sonrisas.

Moreno, como la mayoría de los latinos, Aldo Nicolai, según las mujeres que conocía, era todo un tipo de hombre.

Alto, atlético, como un campeón olímpico, ojos melados, muy oscuros, y el labio superior sombreado con un fino bigotito, y bastante joven, ya que no sobrepasaba los treinta años de edad.

—Alfa Centauro —repitió—. Eso fue lo que dije, miss…

—Jennifer Walker —respondió ella—. ¿Y qué es eso?

—¿Alfa Centauro?

—Sí, claro.

—Una estrella, Jenny —respondió Nicolai con manifiesta confianza.

—¿Y qué es? ¿Una adivinanza?

—Pongamos que es así.

Jenny hizo una mueca.

—Deme el resultado final —dijo—. Dígame quién es usted y si esto es una forma como otra cualquiera de presentarse a una muchacha desconocida.

—Podía ser así, ¿no? Es usted lo bastante…

—No siga, por favor. Lo que va a decirme ya no resultaría tan original como lo del principio. ¿Qué significa?

Nicolai tomó el vaso y bebió lentamente hasta mediarlo sin que Jenny apartara sus ojos de él, estudiándole atentamente, calibrándole, en tanto que multitud de respuestas se forjaban en su mente, y al terminar contestó:

—Creí que la respuesta me la podría dar usted, muchacha.

Ella arqueó una ceja.

—¿Está tratando de embromarme?

Nicolai se lanzó a fondo, cuando respondió sin ambages:

—Lléveme a un lugar solitario y responderé a esa pregunta.

La vio dudar y cómo, poco a poco, sus grandes ojos azules perdían brillo hasta quedar completamente opacos, como sin vida.

Bebió el *whisky* casi de un trago y al depositar el vaso sobre el mostrador, respondió un tanto fríamente:

—Antes me gustaría saber una cosa.

—¿Y es…?

—Que me explicara el verdadero sentido de sus palabras. ¿Quiere?

—Le dije…

—Sé lo que me dijo —cortó Jenny—, y por tanto, como no le entiendo a usted, le ruego que me deje en paz, ¿comprende?

Nicolai no respondió.

Se limitó a tomar el vaso, terminó con el resto del «manhattan», descendió del taburete, depositó una moneda sobre el mostrador, dio media vuelta y sin pronunciar palabra, se encaminó hacia la puerta.

Salió a la calle, pero cuando lo hizo, Jenny le pisaba los talones.

—Espere.

Se detuvo y se volvió a mirarla, con una pregunta en los ojos que tradujo en una sencilla sílaba:

—¿Sí…?

Dudó unos segundos, sin dejar de mirarle, y de un modo repentino le sonrió.

—Me intriga usted —dijo a continuación.

Nicolai sólo repitió:

—¿Y…?

—Venga conmigo, si es eso lo que desea.

—Eso quiere decir que le gustan las estrellas, ¿no?

La sonrisa de Jenny se amplió.

—Es posible —respondió en tono evasivo—. No obstante, sea lo que sea, hablaremos de ello.

—¿Dónde me lleva?

—Creí que eso no era importante para usted… yendo conmigo.

Nicolai le devolvió la sonrisa.

—Lleva razón —afirmó, diciendo la verdad de lo que sentía. Se acercó un poco más, la prendió del brazo por encima del codo y preguntó—: Hacia dónde, Jenny.

Ella señaló el «Alfa Romeo».

—Tengo el coche ahí.

Nicolai lo miró fugazmente.

—Una marca de mi país —dijo suavemente.

Los ojos azules se abrieron más.

—¿Italiano? —preguntó innecesariamente.

—De Roma.

—Me gustan los romanos —declaró Jenny—. Vamos, suba.

Jenny se colocó al volante y arrancó.

Jenny sonrió al italiano.

—Hábleme de Alfa Centauro, querida —fue la respuesta que obtuvo a su sonrisa.

Durante unos segundos, Jenny, atenta al tráfico de Times Square, se mantuvo en silencio.

* * *

Caminó un buen trecho hasta la Calle 16, y se detuvo cuando apenas si le faltaba media cuadra con su cruce con la Quinta Avenida.

Miró alrededor.

Nada.

Peatones, hombres y mujeres que iban de un lado para otro, hablando o discutiendo de sus propias cosas y sin concederle la menor importancia.

Solos la mayoría de las veces.

Solos a pesar de ir acompañados.

Era cierto, tan cierto como le ocurría a él mismo y en aquel preciso instante.

Encendió un cigarrillo y se acercó al bordillo de la acera.

Empezó a andar, siempre hacia la Quinta Avenida.

Consultó el reloj.

Las ocho y quince minutos de la tarde.

Se estaba retrasando un…

—¿Sube?

Ladeó la cabeza.

Desde el interior del coche que conducía, la muchacha le estaba sonriendo.

No la devolvió, se acercó paso a paso y la vio tal y como la viera la noche anterior, dentro de la ceñida minifalda y los morenos y largos muslos al desnudo.

Enguantadas manos sobre el volante y su reloj de pulsera.

Lo señaló.

—¿Transmisor? —preguntó.

Desde el interior del coche, abriendo la portezuela, ella respondió:

—Es usted un tipo muy curioso. Pero usted ya lo sabía, ¿verdad? O'Sullivan
entró en el coche, se acomodó a su lado y preguntó:

—¿Voy a llevarla a bailar con esa minifalda?

—Me gusta que los hombres admiren mis piernas, Larry. —Hizo una ligera pausa y añadió a guisa de explicación—: Según en qué momentos, les hace pensar en lo que no deben.

—Y eso le da ventaja a usted, ¿verdad?

—Cierto que sí, querido…, aunque con usted fracasé estrepitosamente.

—¿Y eso la disgusta?

Los negros y grandes ojos le asaetaron a través del retrovisor.

—Cierto que sí —respondió—, me empequeñece ante mí misma.

O'Sullivan
sonrió.

—¿Muchas aventuras amorosas, Norma?

—Una sola…, pero las cosas, a veces, ocurren porque no hay más remedio —dejó transcurrir unos segundos de silencio y preguntó—: El saber eso, ¿es muy importante para usted?
O'Sullivan
encogió los hombros con gesto displicente.

—No, no mucho —respondió lentamente—. Ni siquiera nada.

Norma no respondió, y el silencio se hizo largo entre los dos, que el propio
O'Sullivan
cortó tras lanzar una fugaz mirada a través de la ventanilla.

—Me dijo que íbamos a bailar…

—Y es lo que vamos a hacer —interrumpió ella.

—Pero ése no es el camino de…

—Lo sé —volvió a interrumpirle. Le sonrió y añadió—: Voy a llevarle a un lugar donde pueda cambiarme de ropa.

—¿Su apartamento?

—No, pero es como si lo fuera.

—¿El de algún amigo?

Con los ojos chispeantes, Norma respondió con otra pregunta:

—¿Cree que podría ser así?

—¿Y por qué no?

Norma tampoco respondió a aquello.

Guardó silencio hasta que detuvo el coche frente al número 1208 de la Sexta Avenida.

—Es ahí —dijo—. Vamos, baje del coche.
O'Sullivan
abrió la portezuela, descendió, y sobre la acera esperó a que ella lo hiciera a su vez.

Eran las nueve en punto de la noche cuando entraron en el portal del edificio de apartamentos y tomaron el ascensor hasta el decimocuarto piso.

Iban por el tercero cuando Norma se le acercó.

—Si va a besarme, querido —dijo—, hágalo ahora, ¿comprende? Arriba… no creo que fuera el momento más oportuno, si tenemos en cuenta que hemos de salir…

Fue la primera en tomar la iniciativa ante la sorpresa de O'Sullivan, que devolvió la caricia, mientras deslizaba sus manos por la cintura femenina, tal vez un poco confuso.

Cuando deshicieron el abrazo fue porque el ascensor se había detenido.

Lo abandonaron muy juntos, sin hablarse, sin mirarse, y ya frente a la puerta del apartamento 204L, Norma extrajo del bolso un llavín y abrió. Esperó a que O'Sullivan cruzara el umbral para cerrar a su espalda y a continuación le llevó al *living*.

—Sírvase lo que desee mientras me cambio, Larry.

La respuesta, que cambiaba el tema de la conversación encauzándolo por lo que verdaderamente le interesaba, fue:

—¿Dónde estuvo desde esta mañana hasta ahora?

—Por ahí.

—Eso ya lo sé. ¿Dónde?

Norma le dedicó una mueca burlona.

—Si se lo dijera se sorprendería, Larry.

—¿Tal vez buscando a Alfa Centauro, preciosa?

La mueca burlona de la boca de Norma se acentuó.

—A Alfa Centauro no tengo necesidad de buscarla, querido —dijo.

—Entonces, ¿dónde fue? Pidió protección y de ese modo…

Norma le interrumpió:

—Ahora vamos a bailar —dijo—, ¿comprende?

—¿Y luego…?

—Bailaremos, querido —prosiguió ella como si no le hubiera oído—, y cuando nos dé por descansar, mientras usted admira las piernas y los trapitos de las chicas que indudablemente, habrá en la barra, quizá sostenga una entrevista privada.

—¿Y luego…?

—Volveremos aquí.

—¿Para quedarme con usted?

Norma no respondió de momento; primero dio media vuelta y se acercó a una de las dos puertas que había frente a ellos, al otro lado del *living*, y desde allí se volvió a mirarle.

—Ahora sea un buen muchacho y prepárese algo de beber mientras me cambio.

En aquella ocasión, fue O'Sullivan el que no contestó.

Tardó en reaparecer tres cuartos de hora, pero merecía la pena haber esperado tanto para verla.

Vestido de noche, largo hasta los pies, zapatos de ocho pulgadas de tacón, largos pendientes de brillantes y el pelo negro cayéndole en cascada sobre los hombros. O'Sullivan soltó el vaso de *whisky* que tenía en la mano y se puso en pie.

No sonreía a medida que se le acercaba.

Simplemente le miraba, fijo, muy fijo, hasta que se detuvo casi rozándole. Y de los dos, fue el propio O'Sullivan el que preguntó en tono quizá un poco forzado:

—¿Y eso también la empequeñece, querida?

Tampoco le sonrió al responder:

—Más que nunca… cuando estoy delante de un hombre que me gusta. Me ocurre siempre, ¿sabe?

—Eso quiere decir…

—Si me besa ahora, querido, se lo demostraré.

Una vez más, pero ahora completamente consciente de lo que hacía, las manos de O'Sullivan fueron a su cintura mientras que los enguantados brazos de ella se ceñían en torno a su cuello y sus labios se aplastaban contra los suyos en un beso que duró una eternidad hasta que se apartó de él por propia iniciativa.

—Larry…, por…, por favor… Tenemos… que salir…

Y riendo fue hacia la puerta. O'Sullivan la precedió en silencio y salieron.

Condujo él, en el mismo silencio, hasta que lo rompió a los dos minutos justos de que hubiera arrancado; lo hizo con una pregunta:

—¿Por qué pidió protección, Norma?

Ella le miró de frente.

—¿Acaso no era necesario?

Sin responder a su pregunta formuló otra:

—¿Qué sabe de mistress Eleonora Calloway?

Los negros ojos expresaron sorpresa.

—Supongo que lo que todo el mundo, Larry. Lo que dicen los periódicos. Que la policía la busca por el asesinato de uno de esos peces gordos de Wall Street.

—¿Dónde está esa mujer?

—¡Larry!

—¿Dónde, Norma?

La exclamación de ella se trocó en una sonrisa cuando respondió:

—A esa pregunta no sé qué contestarte, querido.

—¿No…?

Norma hizo una mueca.

—Sé, como lo sabe todo el mundo —dijo calmosamente—, que fue a hacerle una visita a ese Latimer Joss, un multimillonario de ese sitio que le dije… Joss murió de un balazo en la cabeza, y… ya no sé nada más.

—¿Ni respecto a Alfa Centauro?

—Al parecer, Larry —respondió ella sin desconcertarse por aquella insistencia—, mi conversación y nuestra cita de anoche ha despertado su afición por las estrellas, ¿no es así?

—Sí, así es —la miró pensativamente y preguntó sin rodeos—: ¿Por qué no me dice qué significa Alfa Centauro, Norma?

Una vez más, la muchacha le mostró sus perfectos y blancos dientes en una sonrisa, en tanto que sus ojos chispeaban.

—¿No lo sabe usted, Larry?

—¿No sería mejor que nos habláramos claramente, Norma?

El bello semblante de la muchacha se oscureció unos segundos antes de dar la respuesta, que se tradujo en una nueva pregunta:

—¿Cree usted que eso es necesario, Larry, y entre los dos?

O’Sullivan
sabía que llevaba razón, pero había muchas cosas más que debía saber y que Norma no decía, pero no insistió.

No, por lo menos en lo referente a Alfa Centauro.

—Usted dijo que querían matarla, Norma —dijo— y no obstante, después de lo hablado desapareció durante horas. ¿Quién

desea asesinarla y por qué se marchó? —¿Quién…?

—Eso es fácil de predecir —respondió— En cuanto a lo demás… ¡es tan difícil dar una explicación, por lo menos verosímil!

—¿La tiene usted?

—¿El qué, esa estrella?

—No me refiero a eso, sino a la explicación en sí.

—Hay algunas explicaciones y no una sola como, al parecer, nosotros mismos, los americanos, creemos.

—Diga una, Norma.

—Esa invasión que no gusta a nadie. Esos nuevos bombardeos en el Vietnam, ese… derroche de vidas humanas, ese juego mortal que al parecer a nada conduce…, y sobre todo, ellos, los del otro lado, la infiltración comunista en nuestro país, y tantas y tantas cosas, Larry.

—Y le duele, ¿verdad?

—Sí, mucho, por todo y por todos. Por ellos, por los que mueren y por los que esperan morir de un momento a otro. Y Alfa Centauro…, que maldita sea, ¡cuernos! —terminó sin respeto alguno por su condición de mujer.

—¿Y ahora…?

—Ahora nosotros dos…, esta noche y todas las noches, Larry. Es también un juego, sólo que éste es delicioso…

Se le acercó y apoyó la hermosa cabeza negra como el ébano en su hombro; cerró los ojos y
O'Sullivan,
sin contestar, continuó conduciendo.

Media hora más tarde ambos se encontraban bailando en la encerada pista del club.

Iban por el segundo o tercer beso, cuando Norma se soltó.

—Hay buenas piernas por ahí —dijo suavemente y mirándole con los ojos llenos de burla—. Sea un buen muchacho y obsérvelas desde la mesa que hemos reservado, mientras bebe su *whisky*.

—¿Y usted…?

—Voy a la barra, querido, a mi cita. —Le miró fijamente y
O'Sullivan
vio cómo toda burla desaparecía de sus pupilas un segundo antes de que añadiera—: No obstante, manténgase cerca… por si ocurre lo imprevisto, nos estropearía la noche, mi amor.

No respondió; llevándola del brazo se acercó a la mesa, allí la soltó, tomó asiento y sin pronunciar palabra, sin esperar a que terminara de sentarse, Norma dio media vuelta y se alejó hacia el mostrador.

Decididamente la prefería con minifalda, aunque de aquel modo fascinaba.

Empezó a beber sin dejar de observarla por encima del borde del cristal del vaso y vio cómo se sentaba en uno de los altos taburetes.

Unos segundos más tarde, tenía frente a ella a uno de los bármanes.

No la oyó, pero adivinó que estaba pidiendo *whisky* y no se equivocó, ya que a los pocos segundos el barman regresó a su lado llevando en la mano un alto vaso con el licor.

Norma empezó a beber.

Los tipos eran dos. Se le estaban acercando…

CAPÍTULO IV

Hasta que lo rompió contestando pregunta por pregunta:

—¿Por qué no lo hace usted?

Nicolai tardó algunos segundos en contestar.

—Yo no explico las cosas ni hablo de ellas, muchacha —dijo lentamente—. Las vendo.

Decididamente, Jenny buscaba la salida de Nueva York y mientras se preguntaba adónde iba a llevarle, Nicolai oyó su respuesta:

—¿Y qué es lo que vende y que, por otra parte, me pueda interesar a mí?

—La identidad de una persona.

Los azules ojos se entrecerraron al observarle detenidamente a través del espejo retrovisor.

—¿Qué persona?

Nicolai vaciló un poco, muy poco, apenas unos segundos, y rectificó:

—No me expresé bien, Jenny —dijo—. Quise decir que puedo venderle unas señas. Las de una persona.

—¿Y son importantes?

Nicolai soltó una tenue risita.

—Cuando le diga el nombre, usted misma juzgará, muchacha.

—¿Acaso se trata de Alfa Centauro, querido, o es un bluf con ánimo de sonsacarme información?

—Podía ser así, querida, pero tenga en cuenta que yo no mencioné… ¿Cómo dijo? ¿Alfa Centauro?

La carretera, el bordillo, Jenny pisando el freno…

—¡Basta, querido! No se mueva, por favor.

No, no lo hizo.

La automática era de mediano calibre, pero mortal a aquella distancia.

Forzó una sonrisa.

—¿Qué diablos…?

—Nada de diablos, y basta de farsa —interrumpió Jenny—. ¿O no recuerda que fue usted el primero que mencionó ese nombre? Vamos, responda, ¿qué es lo que sabe?

—Sólo vendo información, querida —interrumpió el italiano—. Hay quien juega a los espías. Yo a los informes confidenciales. —Sonrió. Ahora no había nada de forzado en su sonrisa. A continuación añadió—: Me enteré por los periódicos de que algo fuera de lo normal estaba ocurriendo con uno de esos…, esos tipos de Wall Street. Me sigue, ¿verdad? Pues bueno, sé que andan buscando a la mujer que lo hizo, y yo sé dónde se encuentra.

Jenny arqueó una ceja.

—¿Nada más que eso? —preguntó.

En ambas direcciones de la carretera, los coches circulaban a buena velocidad, por lo que no era probable que nadie notara la anomalía; lo que estaba sucediendo en aquél. Por otra parte, Jenny mantenía la pistola de un modo que no podía verse desde fuera.

—No, nada más.

—Entonces, ¿por qué mencionó a Alfa Centauro?

—Estaba pensando en las estrellas, muchacha. La comparaba con ellas, ya que es usted… soberanamente…

—Conteste, Nicolai, ¿por qué?

El italiano hizo un gesto de impaciencia y respondió:

—Guarde el arma, querida, que no va a disparar. No por ahora, ¿comprende por qué se lo digo? Siendo así —continuó, sin darle tiempo a responder—, será mucho mejor que me lleve a ese lugar… a donde íbamos ahora. Allí le diré cuál es mi propósito y luego, si nos ponemos de acuerdo, le diré lo que desea saber.

—¿Y si no es así…?

—Tendrá mi motivo para disparar sobre mí, si puede —respondió Nicolai con aterradora frialdad.

—¿Cómo sabe que no voy a matarle ahora mismo, querido?

La expresión burlona de Nicolai se acentuó.

—¿Sabe quién era en realidad Latimer Joss, muchacha?

Jenny arqueó una ceja y dio la callada por respuesta, por lo que

el italiano añadió:
—Ése es otro de los motivos que tiene para no disparar, entre otros, ¿sabe? Qué, ¿guarda esa pistola?
La vio vacilar, luchando consigo misma, hasta que de un modo repentino la guardó.
—De acuerdo, Nicolai —dijo—, sea como usted quiere, por el momento. Más adelante… Pero ¿quién diablos es usted?
—¿Por qué no lo investiga?
—Es lo que voy a hacer tan pronto como lleguemos.
—¿Adónde me lleva?
—Ésta es la carretera…
—Sé que carretera es —atajó el italiano.
—Vamos a una quinta… y estaremos solos.
—Eso huele a amor, preciosa.
—Eso huele a… ¡porras!
El italiano se rió cuando Jenny ya estaba arrancando.
Media hora más tarde, detenía el «Alfa Romeo» frente a los escalones de mármol blanco que daban acceso a la puerta principal de la quinta que antes mencionara.
Sólo entonces le miró de frente.
—¿Baja? —preguntó.
El italiano abrió la portezuela y descendió precedido de Jenny.
Junto a la puerta principal, mientras ella abría, preguntó:
—¿De verdad que vamos a estar solos ahí dentro?
Jenny contestó cuando ambos cruzaron el umbral y empezaron a atravesar el amplio y lujoso *hall*:
—Por lo menos, eso es lo que supongo.
—¿Por qué no se cerciora de ello?
—¿Por qué he de hacerlo?
Nicolai se encogió de hombros.
—Eso es cosa suya y no mía —respondió—, pero tenga en cuenta que si no lo hace así, si aquí hay un solo testigo que pueda oír lo que tengo que decirle, Jenny tendrá que matarme y no conseguirá ni la más leve información.
—Se cree muy duro, ¿verdad?
—Lo soy.
Y no había petulancia en aquella afirmación.
Jenny no contestó a aquello, pero sí dijo:

—Venga conmigo. Registraremos juntos.

Treinta minutos más tarde, ambos se encontraban en el gran salón de estar, frente a frente, mirándose a los ojos.

—¿Se sienta?

Nicolai dio las gracias y ocupó uno de los sillones; Jenny lo hizo frente a él, y fue entonces cuando exclamo:

—Le ruego me perdone, pero olvidé preguntarle si deseaba algo para beber.

El italiano denegó con la cabeza.

—Después —dijo sencillamente.

Callaron, hasta que Jenny rompió el silencio.

—¿Y bien…?

—¿No me va a investigar como dijo?

Los azules ojos de la muchacha se clavaron en el teléfono instalado a poca distancia de ambos.

—Lo haré más tarde —afirmó—. Tan pronto como usted termine de hablar.

—¿Por qué no ahora?

—Por la sencilla razón de que no deseo perder más tiempo del necesario. —Hizo una ligera pausa y preguntó—: ¿Qué es lo que vende usted?

—Información.

—¿Sobre qué?

—Sobre una mujer llamada Eleonora Calloway, querida. Esposa de otro de esos tipos de Wall Street.

—¿Sí…? ¿Y por qué cree que ese nombre me puede interesar?

Lentamente, el italiano se puso en pie.

—Creo, pequeña —especificó suavemente—, que aquí, el único que pierde el tiempo soy yo.

Se volvió hacia la puerta, dio un par de pasos, y Jenny le llamó:

—Espere un momento, Nicolai.

Se detuvo y se volvió a mirarla.

—Prosiga con lo de antes, ¿quiere?

Nicolai sonrió.

—Sé que mistress Calloway concertó una cita, que acudió a ella con minifalda y otras cosas por demás interesantes, y que ahora, tanto ustedes como la policía la buscan. ¿Es o no es así?

—¿Y qué interés hay en eso?

—Asesinato en primer grado, entre otras cosas.

Jenny dudó unos segundos antes de formular la siguiente pregunta:

—Y… Dijo nosotros, ¿verdad?

—Sí, así es.

—En eso se equivoca, Nicolai: El interés es sólo mío. Deseo encontrarla; Latimer Joss era mi amigo…, entre otras cosas.

Las dos negras cejas del italiano se arquearon.

—¡No me diga! —exclamó—. Y bueno, aunque fuera así… ¿Qué me dice de Alfa Centauro? ¿De su significado?

No respondió.

Pensaba y mientras lo hacía, Nicolai se dijo a sí mismo que estaba completamente alerta frente a él, a pesar de que no lo aparentaba.

Esperó, hasta que ella dijo:

—Aguarde un momento, ¿quiere?

—Sí, ¿por qué no?

Jenny le indicó uno de los sillones.

—Siéntese y no se mueva, ¿comprende?

El italiano le dedicó una nueva sonrisa.

—Tiene mi palabra de que no abandonaré el sillón hasta que usted me lo diga.

No contestó.

Sin volverle la espalda, sin perderle de vista ni un solo segundo, Jenny Walker se acercó lentamente al teléfono y levantó el auricular.

Disco.

—¿Sí…? Embajada de…

—Me llamo Walker —respondió ella—, número cinco mil ochocientos cuarenta, y necesito información.

Hubo una ligera pausa al otro lado del hilo. La misma voz pidió:

—Repita el número, por favor.

Y Jenny lo hizo, sin desviar sus hermosos ojos azules de la figura del italiano, que en aquel momento, desde las profundidades del sillón donde se encontraba sentado, con una pierna sobre la otra, como si nada de aquella conversación le interesara, aunque como cosa lógica sólo podía oír lo que Jenny decía, fumaba plácidamente, lo repitió.

Hubo una nueva espera y ahora la voz fue distinta cuando preguntó:

—¿Qué clase de información, Walker?

Jenny sonrió al auricular.

—Tengo conmigo a un tipo que se llama Aldo Nicolai, de Roma. Vende algo, y al parecer importante…, pero también puede ser una trampa. Quiero saber quién es…

Silencio, muy corto.

—Tendrá que esperar.

—¿Cuánto?

—Media hora.

—Quince minutos, ni uno más —respondió ella secamente—. Espero.

Cortó la comunicación sin esperar respuesta y lentamente se acercó al sillón que Nicolai ocupaba.

—¿Continuamos hablando, querido?

El italiano lanzó un anillo de humo hacia el techo, Respondió:

—Lo haremos dentro de poco. No tengo prisa por ir a parte alguna.

—¿No…?

—Seguro que no.

Callaron. En silencio, Jenny ocupó el otro sillón frente a él.

Sin darse por enterado, Nicolai la vio consultar el reloj por lo menos diez veces en el transcurso de los siguientes quince minutos, hasta que de un modo repentino, rompiendo el silencio que les embargaba desde hacía tanto tiempo, estalló el timbre del teléfono, sobresaltándola.

Pero no corrió hacia él, no se precipitó; en contraste con su sobresalto anterior, se puso lentamente en pie y del mismo modo se acercó a la mesita para tomar el auricular.

—¿Dígame…?

—¿Walker…?

—Sí, así es.

—Tengo el informe.

—Correcto; suéltelo.

—Aldo Riconti, veintiocho años, natural de Roma, Italia, hijo de…

—Salte todo eso que no importa. En realidad, ¿quién es…?

—Un soplón. Un chivato…, que se vende al mejor postor. Se codea y sabe del hampa tanto o más que puedan saber los del CIA o los del FBI.

—En ese caso…

—Le pedirá un montón de dólares, Walker, ¿comprende? Regatee un poco hasta que suelte lo que sepa o parte de lo mismo, y luego, mátelo. Es un tipo que no es de fiar para nadie. Luego, apenas lo haya hecho, pásenos la información —Gracias.

Colgó lentamente y se le acercó.

Aldo Nicolai terminaba en aquel momento con su cigarrillo, cuya punta apagó contra el cenicero. A continuación levantó los ojos para mirarla.

Jenny le sonreía.

—Bien, Nicolai —dijo tan pronto como se encontró a su lado—; ¿cuánto pide por su información?

El italiano le dedicó una sonrisa.

* * *

Abrió los ojos.

El rumor de los rompientes ya no llegaba a sus oídos, el dolor de su cabeza era casi completamente insoportable.

Miró alrededor.

Un *living* instalado en el interior de cualquiera sabía qué casa, completamente desconocida para él.

Se movió.

La cabeza parecía querer estallarle en mil pedazos, por lo que trató de tocársela con las manos, cosa que consiguió ante su propio estupor.

Intentó sentarse.

Lo hizo. Entonces les vio.

El conductor del coche y el último que tratara de poner fuera de combate.

Faltaba uno. Calloway preguntó, rompiendo el silencio:

—¿Dónde está…?

—¿Se refiere a Pool?

—No sé cómo se llamaba.

—Desde luego era Pool. Cayó por el acantilado, ¿comprende?

Tenía un tobillo roto y no nos servía. No podemos perder tiempo con… —Se interrumpió a sí mismo y prosiguió al cabo de unos segundos de silencio—: Eso… termina con usted, ¿comprende?

Ni siquiera se estremeció.

—Pero antes —añadió su interlocutor—, continuaremos con esa conversación.

—Le dije todo cuanto sabía.

—¿Sí…?

Se le acercó.

A su espalda, desde el umbral de la puerta donde se encontraba, el conductor del coche observaba la escena en silencio.

—Escuche, Calloway, en lo que a mí respecta, he perdido la paciencia, ¿comprende? Sé, sabemos, que su esposa… se llevó algo importante de la casa de Latimer Joss y lo queremos.

—No sé dónde…

—Puede que sea verdad lo que nos dice, pero se da el caso de que ninguno de nosotros va a creerle a usted. Responda, ¿dónde está mistress Calloway o… dónde su cadáver, si es que está muerta?

Calloway sacudió la cabeza de un lado para otro y respondió:

—Es inútil insistir, ¿entiende eso? Por mucho que machaque, no va a sacarme otras palabras del cuerpo, porque no las hay, a menos que yo me las invente.

Se detuvo casi rozándole, con la pesada automática en la mano, cuyo cañón le apuntaba a la cabeza.

—No quiero golpearle, míster Calloway —dijo entre dientes—, pero si no contesta, va a ir al otro lado… Lo entiende, ¿verdad? Entiende lo que le quiero decir, ¿no? Tenemos medios para sacarle del país sin que los del CIA ni los del FBI sospechen nada.

—¿Está seguro?

—Completamente. Ellos, por el momento, sólo les interesa una cosa: su mujer. La desaparición de mistress Calloway. Han cerrado todas las salidas de Nueva York, pero eso para nosotros no cuenta.

Calloway hizo una mueca.

—Cuando llegue al otro lado, si es que deciden llevarme tal y como dice, todo esto se habrá terminado, aparte que no podrán sacarme nada valioso…, como no sean las operaciones de bolsa para las cuales soy una completa nulidad, como lo demuestra mi inminente ruina. Latimer Joss, como ustedes dicen, no es ni más ni

menos que el hombre que iba a concederme un préstamo de medio millón de dólares. Ésa es toda la verdad.

—En ese caso, Calloway, ¿por qué lo asesinó su esposa?

—¿Cómo está tan seguro de eso? Si mal no recuerdo, usted no la vio cometer el crimen, ¿verdad?

—No, pero sí hubo un testigo. Uno solo y es suficiente. —Le miró largamente y añadió—: Se estaban besando cuando le mató.

El rostro de Calloway no cambió.

—¿Y eso es malo? —preguntó, también sin alterarse.

El rostro de su interlocutor expresó sorpresa.

—¿Para usted no? —preguntó a su vez.

Calloway se encogió de hombros.

—No —dijo lentamente—; por lo menos, no mucho. Ellos eran amigos…, aunque usted no entienda de esas sutilezas. Por otra parte, sé que Eleonora no es la asesina ni mucho menos.

De nuevo reinó el silencio entre los dos, que se vio roto por una nueva pregunta que en realidad era casi la misma que en veces anteriores.

—Escuche, Calloway, no deseo complicar más las cosas, ¿comprende? De una vez por todas, ¿dónde podemos encontrar a su…?

—Le dije lo que sabía. La verdad. Ahora, si no me cree, no es cosa mía, sino de usted.

El otro empezó a retroceder hacia la puerta.

Ya junto a su secuaz le miró largamente, hasta que respondió:

—De acuerdo, míster Calloway; usted lo ha querido.

—¿Va a liquidarme?

—No, por el momento.

—Entonces…

—Esperaremos, ¿entiende? Pero sólo un poco. Tal vez un par de horas o menos, y entonces…

—¿Van a llevarme a Camboya?

La pregunta era burlona en extremo, pero el otro no se desconcertó por eso, sino que respondió con perfecta calma:

—Sería una idea bastante graciosa, ¿no cree? Pero, Calloway, no será allí adonde le enviemos. Saldrá del país, sí, y le volveremos el cerebro del revés, hasta que nos diga todo cuanto queremos saber.

—¿Y no será demasiado tarde?

—Tal vez sí, pero siempre habrá algo de provecho.

Una vez más callaron. El silencio se hizo desmesuradamente largo entre los tres.

El sonido del timbre de la puerta de la calle lo interrumpió en mil trozos distintos.

Los dos se miraron entre sí, en tanto que los nervios de Calloway amenazaban con estallar, sabiendo que no tenía escape posible.

Dijera lo que dijese, ellos jamás le creerían.

—Vigila que no se mueva, ¿entiendes? Yo mismo iré a abrir.

Abrió la puerta y salió cuando ya el timbre volvía a sonar.

Unos minutos de silencio, largos y pesados hasta lo inconmensurable, y repentinamente la puerta se abrió. Calloway le vio entrar.

CAPÍTULO V

O'Sullivan
no se movió.

Les miraba con la misma insistencia que la observaba a ella.

Dos… que se le estaban acercando.

En la barra, con el vaso de *whisky* en la mano, Norma tampoco se movió.

No lo hizo ni cuando uno de los dos tomó asiento en uno de los taburetes, a su lado.

—*Whisky*, por favor.

Norma ladeó el rostro y le miró atentamente. Acto seguido regresó los ojos al vaso, que continuaba sosteniendo con la mano derecha.

A su lado el bolso bordado de pedrería, haciendo juego con su vestido de noche.

El otro se detuvo a su vez, vaciló unos segundos y fue a colocarse también a su lado, a su izquierda.

Pidió *whisky*.

Norma ladeó el rostro en aquella dirección y una vez más, luego de mirarle fugazmente, prestó atención a su taso.

Lo levantó para beber.

El tipo que estaba a su derecha hizo lo propio, en tanto que en la mesa,
O'Sullivan
terminaba con el suyo de un trago.

Norma esperaba.

Fue solo cuestión de unos segundos. El de su derecha, preguntó:

—Alfa Centauro, ¿verdad?

Norma le miró fijamente.

—¿Ha dicho algo? —preguntó a su vez.

—Sencillamente, le pregunté si deseaba bailar.

Norma miró la pista y por unos segundos sus ojos descansaron en la figura, al parecer, impasible de O'Sullivan, que no la perdía de vista ni un solo segundo.

—No, por el momento no. —Hizo una pausa, le mostró los blancos y perfectos dientes en una sonrisa. Acto seguido añadió—: Prefiero dar un paseo.

—¿En coche?

—Si es necesario y deja las manos quietas cuando estemos juntos, sí.

—Eso es poner las cosas en su sitio, ¿verdad?

—Sí, así es.

—En ese caso, ¿viene?

Norma tomó el bolso con la izquierda, con la derecha el vaso, que llevó a sus labios, y después de terminar con el licor descendió del taburete al suelo.

—Cuando quieran —dijo.

Empezó a andar, llevándoles a su lado. No miró a O'Sullivan cuando se encaminó hacia la puerta de la calle.

Salieron los tres.

El coche era un «Cadillac» último modelo y no había nadie al volante.

Norma no vaciló cuando uno de los dos abrió la portezuela para dejarla pasar, mientras preguntaba:

—¿Quiere ir detrás o delante, miss Preston?

Ella le dedicó una sonrisa.

—Iré detrás —dijo.

Subieron. El «Cadillac» emprendió la marcha, pero cuando lo hizo, O'Sullivan, con el volante del suyo en las manos, emprendió la persecución, diciéndose mentalmente que aquella entrevista iba a estropearle la noche.

Se encogió de hombros.

Delante de él, el «Cadillac» que se llevaba a Norma volaba sobre

el asfalto.

En su interior todo era silencio, hasta que de un modo repentino la muchacha lo rompió con una pregunta:

—¿Dónde vamos?

El que iba a su lado la miró.

—¿Cómo reacciona usted ante un espectáculo fuerte, miss Preston?

Norma arqueó una ceja.

—Bien. Por lo menos casi siempre.

—Espero que ahora también le ocurra igual.

—¿Por qué?

—Vamos a la Morgue, querida.

—¿Allí…? ¿Para qué…?

El otro miró por la ventanilla, dudó unos segundos y a continuación la miró de frente.

—Deseamos que identifique un cadáver.

—¿Por qué yo precisamente?

—Porque es necesario, muchacha.

No respondió.

Pensaba mientras que multitud de ideas se atropellaban en su mente, sumiéndola en un caos sensacional de encontrados sentimientos.

Su acompañante fue el que rompió el silencio unos minutos más tarde; casi cuando ya estaban llegando.

—¿No me pregunta nada?

Los negros y obsesionantes ojos de Norma se clavaron en él con insistencia aterradora.

—¿Sobre la posible identidad de ese cadáver?

—Sí, claro.

Se encogió levemente de hombros.

—No, ¿para qué? —dijo—. Estoy…, estoy casi segura de que…, de saber de quién se trata.

—Y le duele, ¿verdad?

—Sí, bastante.

—Si es esa persona…, lo siento, miss Preston.

Ella le dedicó una cansada sonrisa.

—¿Cuándo terminará esto? —preguntó.

—¿No lo sabe usted?

Norma abrió mucho los ojos.

—¿Yo…? ¿Cómo he de saberlo?

Él le devolvió la sonrisa.

—Creí que tenía todos los hilos de la madeja.

—Y si es así, ¿serviría de algo aunque sólo fuera por el momento?

—Eso es algo que aún no sabemos. Hay que esperar un poco más.

—¿Camboya?

—Sí, tal vez sí…, ya que todo gira alrededor de ese nombre.

Norma no contestó.

De nuevo pensaba. Ahora sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando el coche se detuvo.

—Hemos llegado, miss Preston.

Norma hizo una mueca con los labios. De los tres fue la primera en descender del coche.

Apenas si lo hubo hecho, en la acera opuesta, O'Sullivan detuvo el suyo, extrajo el paquete de cigarrillos, encendió uno y con los ojos fijos en ellos, a través de la ventanilla, esperó.

Les vio entrar, pero ni aun así abandonó su lugar de observación ni tampoco se preguntó a quién diablos iban a ver en el interior de la Morgue.

Él, lo mismo que ellos, estaba seguro de saberlo.

Eran cosas del oficio. Lo único que lamentaba eran las víctimas inocentes.

Campos de batalla, muertos, lamentos de heridos, bombardeos y el exilio de las poblaciones civiles en las carreteras.

Los niños, los ancianos… Alfa Centauro.

El Pentágono, las fugas de documentos secretos, los motivos ultra secretos sobre la invasión de Camboya, seguida del descenso de la bolsa.

El dólar perdía categoría.

La bolsa en Wall Street se tambaleaba.

La televisión y la radio de los cinco continentes se hacían preguntas.

¿Era debido a la cuestión camboyana o había algo más?

Preguntas y más preguntas. La muerte de Latimer a manos,

según la policía Metropolitana, de mistress Eleonora Calloway, esposa de otro de los magnates del dólar.

Los altos personajes del CIA y del FBI, y la presión que estaban llevando a cabo desde Washington.

Norma Preston, su juventud y su belleza, su demanda de protección, el talón con los diez mil dólares, falso como toda consigna…, el final del contacto que debían establecer… y la puerta de la Morgue.

Siempre la muerte al final de cada etapa.

La espera…, como la de ahora.

Una mujer rubia, como lo era la propia Eleonora Calloway; una rubia llamada Jenny Walker y un italiano al fondo de todo aquello.

Con un eslabón más en una cadena que era una pura mentira desde el primero de sus eslabones hasta el último.

La verdad o la mentira sobre Latimer Joss y la ruina del propio Calloway.

El préstamo de quinientos mil dólares y el asesinato.

Consultó el reloj.

Veinte minutos.

Frente a él, el «Cadillac» con las luces apagadas, silencioso, sombrío, y entonces fue cuando se dijo que se encontraba tan silencioso y tan sombrío como el mismo.

Necesitaba a su lado la belleza de Norma Preston.

Eso era todo, aunque él no se hubiera dado cuenta del hecho hasta el momento presente.

La punta del cigarrillo le quemaba los dedos; lo miró, y a continuación lo aplastó contra el cenicero de coche.

Volvió a mirar hacia la puerta de la Morgue.

Ahora salían.

Primero un hombre, Pat Morganson, luego Norma y a continuación Dick Jenkins.

Sonrió, pero su sonrisa fue dura.

Desde allí trató de ver la expresión del rostro de Norma, pero no lo consiguió.

O’Sullivan

puso el coche en marcha, dejando el motor funcionando al ralentí y esperó creyendo que Norma se iría con ellos, pero no fue así.

Les vio subir al «Cadillac» en tanto que ella se quedaba en la

acera, cómo se despedían y cómo, acto seguido, se ponía el coche en marcha y empezaba a alejarse a buena velocidad.

La vio mirar alrededor suyo y luego empezó a cruzar la calle.
O’Sullivan
abrió la portezuela.

La miró cuando se levantaba un poco la falda del largo y estrecho vestido para entrar en el coche.

Un poco pálida, pero nada más.

—¿Y bien…? —preguntó.

Cerrando la puerta, ella respondió:

—Llévame a casa, ¿quieres?

Le estaba tuteando, pero
O’Sullivan
no correspondió al tuteo cuando respondió:

—¿A qué casa, miss Preston?

Norma ladeó la cabeza para mirarle rectamente a los ojos.

—A la tuya, si lo quieres así.

Sin responder,
O’Sullivan
arrancó y empezó a conducir en silencio.

Norma lo rompió con una pregunta:

—¿No deseas saber nada más?

—No, creo que no.

—No obstante, debo decirte que esto está tocando a su fin.
O’Sullivan
dudó unos segundos antes de formular la siguiente pregunta:

—¿Qué harás cuando esto termine?

—Si no me echas continuaré a tu lado, Larry.

Sonrió.

—Si quieres —dijo—, hay cigarrillos dentro de la guantera.

Norma tomó el paquete, encendió dos, le puso uno en los labios y preguntó:

—¿Sabes de quién era el cadáver que vi en la Morgue, Larry?
O’Sullivan
la miró a través del espejo retrovisor.

—No, pero lo supongo.

—Es el de… —Se lo dijo, hizo una mueca, y añadió— Lo único que lamento es que murió, como tantos y tantos otros, sin que

tuviera culpa alguna, querido.

—¿Y…? ¿Cambia eso las cosas entre los dos?

—Si no fuera así, jamás te hubiera pedido que me llevaras contigo, Larry.

Callaron.

Fue un silencio que duró hasta el *living* del apartamento de Larry O'Sullivan.

Un silencio que rompió Norma cuando se dejó caer en el sofá, para decir:

—Ponme un *whisky*, Larry, amor, y ven a mi lado, te necesito.

—El *whisky* puede esperar un poco, Norma —respondió acercándose, y ella se puso en pie para recibirle.

* * *

—¿Y bien…?

Nicolai la miró fijamente, con los ojos fríos y la boca sonriendo.

—¿Qué es lo que quieres saber? —preguntó a su vez.

—De eso ya hablamos antes, ¿no?

La sonrisa del italiano se amplió:

—¿Alfa Centauro?

—Eso sólo es una parte.

—Especifique más, ¿quiere?

Jenny hizo una mueca, se volvió de espaldas y fue a sentarse en el otro sillón y desde allí le miró.

—Eleonora Calloway. Ése es el nombre. Dijo que sabía dónde se encontraba escondida.

—Eso vale cincuenta de los grandes, pequeña —repuso el italiano con aterradora calma.

Jenny abrió mucho los ojos.

—Es… es demasiado —dijo—, para tan poco.

—Para ustedes vale mucho más. Mistress Calloway representa todo el proyecto Alfa Centauro, y usted lo sabe.

—No tengo esos dólares aquí, Nicolai.

—Lo supongo —respondió el italiano—, lo que no quiere decir que no pueda conseguirlos.

Jenny fingió que vacilaba y lo hizo durante un breve espacio de tiempo, al cabo del cual respondió:

—De acuerdo, Nicolai, tendrá esos dólares.

—¿En billetes pequeños y de fácil manejo? —preguntó.

—Trataré de conseguirlos.

—¿Para cuándo?

Una vez más, Jenny fingió pensarlo, pero ahora su silencio duró un poco más que el anterior.

—Mañana por la mañana, Nicolai. Los Bancos están cerrados a esta hora.

Ahora el que fingió que pensaba la respuesta a dar fue el propio italiano.

—En ese caso, querida, dígame dónde podemos vernos y a qué hora, mañana al mediodía.

Jenny entrecerró los ojos.

—¿Qué quiere decir?

—Sencillamente, que no habrá información mientras no haya… esos dólares, querida.

—¿Es que no se fía de mí?

—No, ni mucho menos. —Se puso en pie y añadió—: Me marcho ahora, muchacha. Si quiere verme, estaré en Central Park a las dos de la tarde. Venga sola o me volatizaré como el humo.

Se volvió yendo hacia la puerta.

—¡Espere!

Se detuvo y se volvió lentamente.

Desde el sillón en que, se sentaba, Jenny Walker le estaba apuntando con la misma automática que ya empleara en el interior de su «Alfa Romeo».

—Creo, Nicolai, que no podrá salir de aquí —dijo suavemente.

El italiano sonrió.

—No asegure nunca lo que no va a poder cumplir querida —respondió en tono jocoso—. Usted, a pesar de las órdenes que recibió por teléfono, me va a dejar marchar, ¿comprende?, porque si no es así, aquí lo va a pasar mucho peor que con los del otro lado.

Durante unos segundos, Jenny no respondió.

Pensaba, y lo hacía velozmente.

¿Una nueva consulta y delante de él?

No, desde luego, no. Era ella y sólo ella la que debía jugar aquella carta, y lo hizo al segundo siguiente.

—Siéntese, ¿quiere?

El italiano clavó los ojos en la pistola.
—Si piensa disparar, muchacha —dijo—, hágalo ya.
—No voy a hacer nada de eso. No por el momento.
—¿Ah, no?
—Siéntese, por favor.
Lentamente bajó el arma y ambos se miraron a los ojos.
—De acuerdo, miss Walker —respondió él. Tome asiento y, mirándola, inquirió—: ¿Qué diablos quiere ahora?
—Puede quedarse aquí.
—¿Con usted?
—Claro. De ese modo, mañana a primera hora podemos ir los dos juntos al Banco.
Nicolai se puso en pie y se acercó a ella.
—Es usted maravillosa, querida —dijo un tanto burlón.
Y se inclinó sobre sus labios pero no llegó ni a rozarla, porque en aquel momento, en el interior del *living*, el timbre del teléfono empezó a sonar.
Apartándose de ella, el italiano preguntó:
—¿Sus amigos, Jenny? Si es así, confieso que son bastante inoportunos.
Ella no respondió.
Se puso en pie y sin dejar de mirarle se acercó al teléfono.
Estaba contrariada; eso era obvio para el italiano, que a su vez abandonó el sillón y sin perderla de vista esperó.
Jenny tomó el auricular.
—¿Dígame…?
—¿Walker…?
—Sí, así es.
—Pool murió, tuve que hacerlo. Se le rompió un tobillo junto a los acantilados.
—¿Y…?
—Estamos esperando.
—¿Habló?
—No, ni mucho menos. ¿Qué debemos hacer?
Los ojos de Jenny se helaron.
Era una complicación con la que no había contado. La presencia del italiano en su apartamento y la llamada que acababa de recibir.
—Esperar… Sólo esperar…

Cortó la comunicación, sin aguardar respuesta, y miró a Nicolai.

—Han surgido complicaciones —dijo sin preámbulo alguno.

—¿Graves?

—Según cómo se mire.

—Eso quiere decir que no vamos a colaborar juntos, ¿verdad?

Jenny le sonrió.

—No es eso exactamente —respondió ella—. Lo que sucede es que esta noche… Bueno, no va a poderse quedar conmigo.

—¿Y eso la hace desgraciada?

—¡Claro que sí! —Hizo una ligera pausa y añadió—: Tengo que salir, Nicolai, y por tanto… como quedamos, le esperaré a usted mañana en Central Park.

—Vaya sola, ¿comprende?

Jenny arqueó una ceja y la miró con un bien fingido gesto de sorpresa.

—¿Es que ha podido pensar otra cosa, querido?

—Cierto que sí —replicó el italiano, sin descomponerse—. Y ahora que lo sabe…

Jenny le interrumpió en aquel momento.

—Ahora —dijo—, puede servirme un *whisky* —señaló el lugar donde se encontraba el bar, y añadió—: Brindaremos juntos antes de irse.

Lentamente, consciente de lo que iba a ocurrir a continuación, Nicolai dio media vuelta y empezó a alejarse en aquella dirección.

A su espalda, fríamente, Jenny tomó un pesado cenicero de plata y le golpeó en la cabeza.

Sin un solo gemido, Aldo Nicolai se desplomó como un fardo.

Jenny no vaciló, se inclinó sobre él, no sin antes depositar el cenicero en su sitio y le examinó.

—Lo siento, querido —dijo—, pero no tengo más remedio, porque aún no hemos terminado.

Le tomó por debajo de las axilas y con sumo trabajo le llevó hasta el dormitorio.

Una vez allí, Jenny destrozó una sábana y en contados minutos Nicolai se vio convertido en un paquete humano con su correspondiente mordaza.

Jenny empezó a apagar las luces a medida que avanzaba hacia la salida.

Cinco minutos más tarde se encontraba frente al volante del «Alfa Romeo», alejándose de allí a buena velocidad.

Eran las dos y treinta minutos de la madrugada cuando estacionó frente al edificio en uno de cuyos apartamentos Richard Tobey y Jim Baxter le esperaban, conjuntamente con un hombre llamado John Calloway.

Uno de los magnates de las finanzas y el esposo de Eleonora, la mujer que lo sabía todo.

La única que podía explicarles el verdadero significado de Alfa Centauro.

La hermosa rubia tras la que andaban la Metropolitana, el FBI y la CIA, en una operación conjunta que les estaba llevando de cabeza por la sencilla razón de que se trataba de una carrera contra reloj.

Una carrera que ganaría el que más rápidamente se moviera, y ella, por el momento, tenía todos los triunfos en la mano.

Calloway ya no interesaba.

Podía o no saber lo que ella deseaba… pero se daba el caso de que Aldo Nicolai también se encontraba en su poder.

Un soplón, un chivato, y, como todos ellos, sólo se movían por mediación del dólar. Él sí le diría lo que quería.

Alfa Centauro, las protestas del senado y todo lo demás.

Una bonita suma… o la silla eléctrica.

Sintió tentaciones de reír, pero no lo hizo.

Descendió del coche, entró en el portal y escudriñó el hueco de la escalera tendiendo el oído.

Nada.

Silencio.

Jenny utilizó el ascensor y unos minutos más tarde se detuvo frente a la puerta del apartamento.

Miró a lo largo del pasillo.

Desierto hasta el recodo; y ya, sin una sola vacilación, levantó la mano y pulsó el botón del zumbador.

Esperó; sólo unos cuantos segundos y volvió a llamar.

Un minuto o tal vez menos y la puerta se abrió, enmarcando en el umbral la figura de Richard Tobey.

—No creí que viniera tan pronto.

No respondió, cruzó el umbral y Tobey cerró a espaldas de los dos.

—¿Dónde está?

—En una de las habitaciones, con Baxter.

Tampoco contestó.

Pasó por delante de él y Tobey la precedió hasta el lugar donde ambos se encontraban.

Fue ella la que abrió la puerta lanzando, lo mismo que siempre, una fugaz mirada a su alrededor y a continuación clavó los azules y ahora helados ojos en la figura de Calloway, que no se movió.

—Volvemos a vernos, ¿verdad?

—Sí, así es.

Jenny esbozó una fría sonrisa.

—Eso es lo que importa —respondió con no menos frialdad—. Ahora bien, las preguntas las hago yo, ¿comprendes?

—Y yo debo contestarlas, ¿no es así?

—Sí, así es. ¿Dónde está tu esposa? —preguntó sin transición alguna.

—Les dije a estos dos cuanto querían saber, que no es ni más ni menos que todo lo que sé respecto a…

—¿Qué sabes de Alfa Centauro?

Calloway hizo una mueca.

—He oído ese nombre varias veces —respondió.

—¿Y…?

—No hay ninguna «y», muchacha.

Siguió un pequeño silencio que la propia Jenny rompió.

—Escucha, Calloway —dijo entre dientes—, no te lo voy a preguntar otra vez, ¿comprendes? ¿Dónde podemos encontrar a mistress…?

—Esa misma pregunta me la hicieron ya los de la CIA, muchacha, y los del FBI.

—¿Eso es todo lo que sabes del asunto?

—No hay nada más.

—De acuerdo —respondió Jenny—, tú lo has querido.

De entre los senos extrajo la pequeña automática y ante el estupor de Baxter y Tobey, le voló los sesos de un balazo.

Mientras caía con los brazos en cruz, ella se volvió a mirarles.

—Llevaos esa carroña de aquí —dijo fríamente—, y dejadla lejos de esta casa. Luego, llamad a la policía e indicadles dónde está el cadáver.

—¿Y qué vamos a conseguir con eso?

—Entretenerlos por unas horas. Es el tiempo que necesitamos.

—¿Y más tarde…?

—Tan pronto como os pongáis en contacto con la policía, regresad aquí. Os estaré esperando.

—¿Más trabajo?

Jenny les miró alternativamente.

—El último, según creo. Vamos, ¿a qué esperan?

Uno por los pies y el otro por debajo de las axilas, sacaron a Calloway de allí y Jenny quedó sola.

Sólo entonces lanzó una mirada de asco a la mancha de sangre que había quedado en el suelo y se alejó del lugar, yendo directamente al bar, donde se preparó un *whisky* doble.

Mediaba el segundo, quizá tres cuartos de hora más tarde, cuando sonó el timbre del teléfono.

Creyendo que se trataba de Tobey o de Baxter, sin soltar el vaso que llevaba en la mano, Jenny se acercó y levantó el auricular.

Pero no era ninguno de los dos, y entonces, al oír aquella voz, fue cuando verdaderamente se sobresaltó.

Amanecía…

CAPÍTULO VI

Miró a través de los cristales, a la claridad lechosa del nuevo amanecer, que le llegaba de Manhattan, y preguntó:

—¿Cómo diablos…?

La risa del otro lado del hilo la interrumpió en seco.

Luego, oyó la voz que en aquel momento le resultó extraordinariamente odiosa:

—Creo, preciosa, que en este juego perdió todas las bazas. ¿O no se dice así?

—Escuche, yo… Estoy dispuesta a cerrar ese trato con usted. Tendrá los cincuenta de los grandes en billetes pequeños, pero necesito esa información.

Un silencio largo y pesado le llegó desde el otro lado del hilo, y preguntó:

—¿Se encuentra ahí?

—Sí, claro, estaba pensando.

—Pues deje de hacerlo. Nos reuniremos en…

—Creo que no podrá ser.

Fue entonces cuando Jenny cayó en la cuenta de una cosa, y formuló una nueva pregunta:

—¿Cómo diablos sabe el número de este teléfono?

Era obvio que aquello la asustaba mucho más que el simple hecho, por lo menos para ella, de cometer un asesinato a sangre fría.

—Yo lo sé todo.

Y una vez más notó que había petulancia en el tono empleado por su interlocutor.

—Entonces…

—Nos veremos, querida, pero no en Central Park.

Jenny contuvo el aliento.

—¿No…? ¿Dónde?

—En la carretera 21, a cinco millas de Nueva York, y a las doce de esta noche, cuyo día empieza ahora.

—Es… mucho tiempo. Quedamos…

—Quedamos en eso, pero usted se precipitó. Por tanto, querida, voy a tomar precauciones. Si desea esa información la tendrá, ¿entiende? Pero yo, lo mismo que usted lo necesita para buscar todos esos billetes, a mí también me hace falta para…, para eso mismo, para tomar mis precauciones…

—Quedamos en que la entrevista sería a solas.

—Y será así, pero de antemano la prevengo que tenga cuidado. Un nuevo error y jamás tendrá en su poder a Alfa Centauro. No lo olvide. ¡Ah!, y lleve con usted a míster Calloway.

Jenny contuvo el aliento y pensó rápidamente, respondiendo:

—Lo haré así.

Al otro lado del hilo cortaron la comunicación y cuando se dio cuenta de aquello sus ojos se helaron.

Hizo lo propio, depositando el auricular sobre su soporte y en aquel instante llamaron a la puerta.

Jenny avanzó hacia allí, miró a través del visor y con un suspiro de alivio que no pasó de su garganta franqueó la entrada pensando que los sucesos de aquella noche, por lo menos para ella, habían constituido un completo fracaso.

Jamás debió apretar el gatillo para quitarle la vida a Calloway. Era una carta que le hubiera servido para aquella ocasión y ahora… ahora… todo dependía de una cita a medianoche.

Un montón de horas, mano sobre mano, siempre con la incertidumbre de si él se presentaría o no.

—¿Cómo tardaron tanto? —preguntó.

Baxter hizo una mueca.

—Le dejamos en la Calle 52, junto a un portal, buscamos una cabina telefónica, avisamos a la «bofia» y luego nos dimos unas vueltas por ahí, hasta que nos convencimos de que nadie nos seguía. Sólo entonces regresamos.

Jenny no respondió.

Pensaba, y cuanto más lo hacía más convencida se encontraba de que había cometido uno de los mayores errores de su vida al

matar a Calloway, pero ahora ya no había remedio ni quizá hubiera tiempo para lamentaciones.

* * *

Le quitó la mordaza y le miró.

—¿La vieron salir? —preguntó.

—Sí. Morganson la está siguiendo.

A continuación procedió a quitarle las ligaduras y luego le ayudó a ponerse en pie.

El italiano maldijo en su idioma mientras se llevaba la mano a la nuca.

—¡Cuernos! —exclamó—. La pequeña pega fuerte… Daría cualquier cosa por saber con qué diablos me golpeó.

Dick Jenkins lanzó una mirada alrededor y respondió:

—Ahí fuera hay un cenicero. Apostaría a que le puso fuera de combate con eso. ¿Salimos? Vi un bar en el *living* y…

—Desde luego, no me vendría mal un *whisky*.

Abandonaron el dormitorio y unos segundos más tarde los dos se encontraban sentados frente a frente con sendos *whiskys* en la mano, y en silencio.

Lo rompió Jenkins con un comentario:

—Ahora tenemos que esperar. Morganson telefoneará aquí tan pronto como sepa adonde fue esa muchacha.

—¿Va a intervenir?

—No. Cierto que se puede hacer, pero… es mejor el otro modo.

Era cierto.

Aldo Nicolai lo pensó así mientras levantaba el vaso y empezaba a beber lentamente.

Al terminar preguntó:

—¿Cree que dará resultado?

—Confío en eso, Aldo. ¿Usted no?

El italiano se encogió de hombros.

—Eso nunca se sabe, como tampoco sabíamos lo de Latimer Joss. Lástima que le mataran. Y a propósito, ¿sabe quién lo hizo?

—Posiblemente la propia Jenny Walker, sólo que cuando ocurrió, mistress Calloway ya sabía, y de mucho antes, todo lo relacionado con Alfa Centauro.

—Lo que tampoco me explico es cómo no la mató a ella también, ya que se encontraba con Joss.

—Eso sólo nos lo puede decir la propia mistress Calloway, ¿no?

—Sí, así es.

Callaron y bebieron.

Mediaban el tercer *whisky* cuando el timbre del teléfono empezó a sonar y los dos hombres se miraron entre sí, pero fue Dick Jenkins el que abandonó el sillón y tomó el auricular.

—¿Sí…?

—¿Dick…?

—Seguro, Pat.

—¿Cómo va eso?

—Bastante bien. Miss Walker tiene un *whisky* excelente.

Desde el otro lado del hilo le llegó la protesta de Morganson y sonrió.

—¿Y por ahí…? No me digas que la perdiste, ¿verdad?

—No, ni mucho menos…, pero esa zorra ha asesinado a míster Calloway. Dos de sus hombres se lo llevan ahora.

Jenkins consultó su reloj.

Era la una y media de la madrugada.

—¿Dónde se encuentra ahora?

Hubo una ligera pausa y Morganson le dio las señas y colgó.

Jenkins se volvió a mirar a Nicolai, que a su vez le observaba desde el sillón.

—¿Y bien…? —preguntó.

—Tengo las señas.

Nicolai se puso en pie.

—¡Démelas! —pidió, y el otro se las dio.

Dos minutos más tarde, Nicolai sabía el número telefónico de Jenny Walker.

—¿Ahora…?

Miró a Jenkins.

—Esperaremos a que llegue Morganson, Luego, tan pronto como me quede solo…

No terminó, y Jenkins se dijo que tampoco hacía falta.

Así, en silencio, regresaron a sus respectivos asientos y terminaron con el resto del *whisky*.

Hora y media más tarde llegó Morganson y los tres abandonaron

el apartamento para salir a la calle.

Fue Morganson el que preguntó, una vez se encontró dentro del coche en compañía de Jenkins:

—¿Quiere que el llevemos a alguna parte, Aldo?

Nicolai sonrió.

—Prefiero caminar un poco —respondió—, y luego me iré a dormir. No obstante, mucho antes de hacerlo…

Morganson le interrumpió.

—Es cierto —dijo—, lo demás ya corre de su cuenta Suerte, Aldo, le va a hacer falta.

Y le tendió la mano, imitado por Jenkins.

El italiano estrechó la mano de los dos hombres de la CIA y esperó en la acera hasta que el coche que se los llevaba se perdió de vista en la distancia.

Empezó a caminar.

Lentamente, muy lentamente.

Una cabina telefónica.

La miró, sonrió, y pasó de largo.

Tenía tiempo, mucho tiempo, hasta el amanecer, pero también sueño.

Otra cabina.

Aldo Nicolai entró, descolgó el auricular y empezó a discar.

Unos segundos más tarde le llegaba al oído la voz de Jenny Walker.

—A media noche, en la carretera 21, a cinco millas de Nueva York…

Cuatro o cinco minutos más tarde cortó la comunicación.

Era el final…, tanto si ella acudía a la cita como si no.

Jenny Walker no tenía escape posible.

Ni ella ni los dos tipos que la acompañaban.

Mistress Eleonora Calloway había hecho las cosas bien y la CIA podía sentirse orgullosa de ella.

Ahora bien, lo único lamentable del caso era que el propio Calloway hubiera muerto, asesinado por una mujer sin escrúpulos cuya fuente principal de ingresos era debida a la traición que cometía a su país.

Era… la silla eléctrica o una bala en la cabeza, aunque esto último fuera demasiado piadoso para ella.

Continuó andando.

Las claridades del nuevo día aparecían por detrás de los rascacielos de Manhattan.

Camboya, Alfa Centauro y todo lo demás.

Tomó un taxi que milagrosamente iba vacío a aquella hora de la mañana y se fue a dormir.

* * *

Nicolai despertó a media tarde de aquel día, se dio una ducha, cambió de ropa y salió a la calle.

Aún tenía tiempo, bastante tiempo para terminar de poner en práctica la última parte del plan previsto.

En alguna parte de Nueva York, tal vez en el último lugar donde había telefoneado, una mujer rubia esperaba su llamada o quizá se hubiera marchado hacia cualquier rincón en espera de la hora de la cita.

En otro lugar, Norma Preston y Larry O'Sullivan aguardaban también.

Nicolai hizo una mueca.

Un *snack* bar.

Entró yendo directamente a la barra, en uno de cuyos taburetes se acomodó.

—Un bocadillo de jamón y una lata de cerveza —pidió.

Se lo sirvieron y empezó a devorarlo lentamente y del mismo modo terminó con la lata de cerveza.

Consultó el reloj.

Las ocho.

Cuatro horas eran demasiadas para matar el tedio en solitario.

Pensó una vez más en O'Sullivan y le envidió.

Unos minutos más tarde, Nicolai abandonó el *snack* bar y una vez más se vio en la calle, bajo los tubos de neón, los anuncios luminosos, pensando.

Una cabina telefónica.

Se detuvo frente a la acristalada puerta, indeciso, volvió a mirar

el reloj y acto seguido entró.

Discó.

Y aquella noche, en pocos minutos, Aldo Nicolai, de Roma, usó el teléfono por dos veces.

Hecho esto, con gesto despreocupado entró en un cine de sesión continua. Era una forma como otra cualquiera de matar el tiempo.

Cuando lo abandonó eran exactamente las once y cuarto de la noche.

* * *

—¿Quién era?

La miró de pies a cabeza, como lo venía haciendo siempre desde el primer día que se encontraran y respondió con otra pregunta:

—¿Tienes eso?

Lentamente, sin soltar el vaso de *whisky* que llevaba en la mano, se le acercó y fue a sentarse en el brazo del sillón que
O'Sullivan
ocupaba, notando en el acto cómo el brazo de éste ceñía su cintura.

—Sí, Larry —respondió suavemente. Miró el reloj y añadió—: Hay que prepararlo todo, ¿verdad?

—Sí, así es.

Norma bebió hasta mediar el vaso y preguntó:

—Si todo sale bien, ¿qué ocurrirá después?

O'Sullivan
arqueó una ceja.

—¿A qué te refieres?

Pero sabía la respuesta mucho antes de que ella se la dijera.

—A nosotros. Concretamente a esto.

O'Sullivan
no respondió de momento.

Se limitó a mirarla fijamente por espacio de unos segundos y entonces respondió:

—Esa pregunta, pequeña, debes hacérmela dentro de unas horas.

—Es prematuro.

Norma levantó el vaso, terminó con el *whisky*, suavemente apartó el brazo de su cintura y se puso en pie.

—Se está haciendo tarde, Larry —fue lo que dijo—, y aún hay

que preparar algunos detalles. —Hizo una pausa y añadió—: No has respondido a mi pregunta.

—¿Sobre qué?

—¿Quién telefoneó, Aldo?

—Sí, así es.

Se volvió en redondo y lentamente entró en el dormitorio.

Cuando salió llevaba sobre el cabello una boina azul marino y en la mano izquierda un bolso de piel de cocodrilo.

Al verla, O'Sullivan se puso en pie.

—¿Nos vamos? —preguntó.

—Sí, claro, es bastante tarde.

No respondió. Con un gesto le indicó la puerta de salida y la precedió hasta el pasillo.

Utilizaron el ascensor hasta la planta baja y, ya en la calle, junto al coche que iba a utilizar, O'Sullivan formuló la misma pregunta:

—¿Tienes eso?

Norma le mostró sus blancos dientes en una sonrisa.

—Sí, Larry —dijo—. Lo olvidaría todo menos el significado de Alfa Centauro.

Sin responder, O'Sullivan abrió la portezuela y la invitó a que entrara; luego, se colocó frente al volante y empezó a conducir.

Silenciosos los dos, sombríos…

Veinte o treinta minutos más tarde, un poco antes de entrar en el puente de Brooklyn, O'Sullivan acercó el coche al bordillo de la acera y esperó.

Fue muy poco; a lo sumo tres o cuatro minutos más, y el hombre se acercó a una de las ventanillas.

A la correspondiente al lugar que en el interior del coche ocupaba Norma.

—¿Lo tiene? —preguntó.

Ella ladeó la altiva y bella cabeza para mirarle.

No sonrió, no cambió de expresión, pero sí respondió:

—Sí.

—Démelo, ¿quiere?

Norma abrió el bolso, introdujo la mano en él y sacó un pequeño paquete que le entregó a través de la ventanilla.

—Es correcto, ¿no?

—Puede examinarlo si lo desea.

El hombre sonrió.

—Confío en usted, querida.

—Pues hace mal.

—Yo nunca hago mal las cosas, miss…

O’Sullivan puso el coche en marcha, la frase se interrumpió y el final quedó en el aire, flotando sobre el puente de Brooklyn como un extraño presagio.

Empezó a conducir lentamente.

En su interior, Norma Preston esperaba…

CAPÍTULO VII

—¿Vamos juntos?

Les miró de hito en hito y a continuación dejó que sus grandes ojos patinaran sobre los dos maletines que había sobre la mesa.

—Sí, aunque luego nos separaremos.

Hubo unos segundos de silencio; muy pocos.

—Es una trampa.

Jenny ladeó la rubia y bella cabeza para mirarle y Baxter le aguantó la mirada.

—Sé que es una trampa —asintió—, pero aun así, vamos a ir.

—¿Por qué?

Tobey fue el que formuló la siguiente pregunta y ella le miró.

—Es parte del juego. —Señaló los dos maletines y añadió—: Uno de esos maletines va a quedarse bajo el asiento del coche, ¿comprendéis? El otro lo llevaré yo.

Miró el reloj.

Las diez y media de la noche.

Jenny se enfrentó a Baxter.

—¿Por qué no nos preparas un *whisky*? —preguntó.

No respondió.

Se volvió en redondo y fue al mueble bar.

Hizo un nuevo viaje para preparar el tercero y a continuación ocupó uno de los sillones.

Con el vaso en la mano, sin dejar de mirar los azules ojos de Jenny, preguntó:

—Bien, Jenny, ¿cuál es el plan?

—Sencillamente, el que os dije.

—¿Sin cambios?

—No son necesarios.

Se hizo el silencio, un tanto largo, que Baxter rompió:

—Sigo pensando que es un riesgo innecesario. Ese italiano no puede…

—Sé que lo intentará y…

A su vez, Tobey la interrumpió con una pregunta:

—Lo que no me explico es el porqué de esos dos maletines, Jenny.

—¿No…? Pues es muy sencillo. En el primero van cincuenta de los grandes en billetes pequeños, y en el segundo… papeles que no valen nada.

—Lo sé, pero no comprendo para qué…

Una vez más, Jenny la interrumpió.

—Tuve que sacar del Banco esos dólares, ¿comprendes? No por mi gusto, pero no creo que ese soplón sea tan imbécil como para no comprobar si lo hice. Si el Banco le hubiera dicho que no, a estas horas todo se lo hubiera llevado el diablo.

—Continúo pensando que…

—Y yo también. Vamos a una trampa, pero aún no sabemos quién o quiénes caerán en ella, querido.

Calló para beber y al terminar volvió a mirar el reloj.

Las once en punto.

Soltó el vaso sobre la pequeña mesita y se puso en pie.

—¿Ya es la hora?

—Sí.

Tobey y Baxter se miraron en silencio, que duró unos cuantos segundos y acto seguido la imitaron, pero de los dos fue el segundo el que se acercó a uno de los maletines y lo tomó.

Lentamente, Jenny se acercó al otro e hizo lo propio.

Diez minutos más tarde ambos se encontraban en el interior del «Alfa Romeo», que casi en el acto empezó a rodar buscando la salida de Nueva York por la carretera 21.

Una milla, dos, tres… en un silencio que en el interior del coche se estaba haciendo espantoso.

Lo cortó Baxter.

—¿Cuánto falta aún? —preguntó.

Jenny le dedicó una fría sonrisa.

—Estamos llegando… y no te impacientes, querido. —Miró hacia el lugar que ocupaba Tobey frente al volante y añadió—:

Cuando llegues a la milla cinco, aminora la marcha y vete arrimando al bordillo de la carretera, y ves contando los ramales que salen de la derecha. Entra en el tercero y detén el coche.

—¿Qué es eso, nuevas instrucciones?

—Sí.

—¿Cuándo las recibió?

La fría sonrisa de Jenny se amplió.

—Eso no importa ahora, ¿comprendes?

Callaron una vez más.

Veinte minutos más tarde, a la entrada del camino bordeado de matas, maleza, artemisa y árboles, Tobey detuvo el «Alfa Romeo» y la miró.

Cuando lo hizo, Jenny estaba abriendo la portezuela.

—Bajad —dijo.

—Pero…

—Quiero que dejéis el coche ahora mismo. El camino que falta por recorrer a pie, oscila entre las cuatrocientas a las quinientas yardas, ¿comprendéis? No uséis para nada el camino, sino que hacedlo a través de la maleza, y quitaos los zapatos. Yo… voy a tratar de entretenerle. Por tanto…

No terminó, ni ellos adujeron nada a lo dicho.

Abandonaron el coche y Jenny, colocándose frente al volante, arrancó.

La curva.

Allí, a menos de veinte yardas.

La tomó.

Un macizo de plantas.

Acercó el coche, torció el volante como para rodearlo y lo detuvo siete u ocho yardas más allá, con lo que el convertible quedó oculto a todo curioso que pudiera venir de la carretera.

Del mismo lugar de donde ella venía.

Jenny apagó los faros, abrió el bolso, extrajo un paquete de cigarrillos, le prendió fuego a uno de ellos, lanzó una fugaz mirada al maletín de cuero que reposaba en el asiento, a su lado, y encendió todas las luces anteriores del coche.

A menos de quince yardas, oculto tras el grueso tronco de un árbol, Aldo Nicolai lo estuvo examinando por espacio de más de un largo minuto y a continuación empezó a acercarse llevando la mano

derecha dentro del bolsillo de la americana.

Se detuvo muy cerca del matorral, a menos de tres yardas.

Frente al volante, Jenny fumaba con gesto displicente, despreocupada por todo aunque sólo fuera en apariencia.

El italiano abandonó, el amparo de la mata y se acercó a la ventanilla. Sonrió cuando se inclinó para mirarla.

—Veo que trajo esos dólares, miss Walker —dijo dejando descansar los ojos en el maletín.

—Sí, así es. ¿Y usted?

—Yo siempre cumplo lo que prometo, y más.

—Sí. ¿Y qué es ese… más?

—Pongamos que aparte de esos datos que me pide, puedo facilitarle otros de mucha mayor importancia.

—¿Y son…?

—Vamos por parte, pequeña.

—No irá a aumentar el precio, ¿verdad?

La sonrisa del italiano se amplió.

—Podría hacerlo, ¿no?

—Sí, cierto que sí, pero no tengo más cantidad…

—Lo sé.

—En ese caso…

—Deme el maletín, ¿quiere?

Mirándole fijamente a los ojos, como dudando, Jenny alargó la mano, lo tomó y se lo entregó a través de la ventanilla.

—¿No va a examinar su contenido, Nicolai? —preguntó en tono ligeramente burlón.

—En este momento tengo confianza en usted.

—De acuerdo. Suéltelo, ¿quiere?

—Bien; mistress Eleonora Calloway vive.

—¿Dónde…?

Sin una sola vacilación, Nicolai le dio las señas y Jenny preguntó:

—¿Cómo sé que me está diciendo la verdad?

—Desde luego no lo sabe, querida.

—En ese caso…

Lentamente, como gozándose de antemano en el efecto que iba a causar, Nicolai sacó la mano del bolsillo de la americana y respondió, interrumpiéndola:

—Tengo esto… Y esto, repito, sí que es verdad, querida, y bien vale los cincuenta mil, ¿no? Ahora, mistress Calloway y todo lo demás quedan en segundo lugar, ¿no? Yo diría… diría que no merece la pena ni mencionarlo.

Antes que terminara de hablar, Jenny ya estaba examinando la película.

Luego le miró a los ojos.

—¿Cómo…, cómo diablos consiguió este rollo? ¿Cómo?

Nicolai volvió a sonreír.

—No me gusta jugar a los espías, querida, pero uno también tiene sus fuentes de información… y conoce a tipos que son capaces de abrir la caja fuerte del Banco Mundial…

—¿Quiere decir qué…?

Nicolai la cortó en seco.

—Eso, poco o nada importa, miss Walker —empezó a retroceder hacia la mata que anteriormente le había ocultado—. Suerte.

Sin pronunciar palabra, Jenny le sonrió, y lo hizo justo en el momento en que Baxter abatía, sobre la cabeza de Nicolai, una porra de goma.

Una vez más en el transcurso de pocas horas, el italiano enterró la cara en el polvo, en tanto que el propio Baxter se inclinaba sobre él para arrebatarle la cartera y el maletín.

—Vamos, de prisa.

Corrió hacia el coche.

—¿Y…?

Jenny no terminó con la pregunta porque, viniendo del lado contrario, oyó la voz de Tobey:

—Estoy aquí.

Jenny puso el coche en marcha, maniobró hábilmente y cuando el motor del «Alfa Romeo» enfilaba la dirección de la carretera 21, la noche se encendió en conos de luz deslumbrándoles.

Pisó el freno.

—¡Es una…!

Tampoco terminó.

Con las armas en las manos, Baxter y Tobey saltaron fuera del coche y Jenny hizo lo propio tratando de alcanzar las matas que había más cerca justo en el momento en que hasta sus oídos llegaban varias voces de alto.

No hizo caso, empezó a correr llevando la película dentro del bolso y una pistola en la mano.

A pocas yardas de donde se encontraba, Tobey y Baxter levantaron las suyas y empezaron a disparar contra los focos que les deslumbraban.

Cuatro, cinco, seis veces… y el ruido de las armas cortas se vio roto de manera trágica por el tableteo de varias metralletas.

Jenny saltó hacia el tronco más cercano, pero cuando lo alcanzó iba impulsada por una ráfaga de plomo que la partió casi por el centro, en tanto que Tobey y Baxter se contorsionaban en el suelo en los últimos estertores de la agonía.

A continuación el silencio cayó sobre los alrededores como una pesada losa de plomo.

Silencio que se rompió de manera repentina por el sonido de unos pasos que se acercaban a los cadáveres y otros en dirección al lugar donde cayera el italiano.

Cuatro o cinco minutos más tarde, ayudado por un par de hombres de la CIA, Aldo Nicolai se acercó al coche que ocupaba O'Sullivan y miró al interior, a través de una de las ventanillas.

Cuando lo hizo, a pesar del chichón que llevaba en la cabeza, se encontraba sonriendo.

—Gracias por todo, mistress Calloway —dijo suavemente—. Es usted una gran mujer.

Norma le tendió la enguantada mano, que el italiano estrechó con calor.

—Olvídelo, Aldo —respondió, dedicándole una de sus bonitas sonrisas—. Me limité a cumplir con mi deber.

Media hora más tarde, cuando la ambulancia se llevó los cadáveres de Baxter, Tobey y Jenny Walker, O'Sullivan puso el coche en marcha e inició el regreso a Nueva York.

A su lado, ella callaba.

Y lo hizo hasta que dieron vista a los rascacielos de Manhattan; entonces lo rompió con algo que parecía un simple comentario:

—En realidad, Larry, Don jamás fue mi verdadero marido, ¿comprendes?

—No mucho, la verdad. Se… Es decir; lo sé casi todo, pero me

falta algo.

Norma, o Eleonora Calloway, le sonrió.

—Don era un gran hombre, Larry —continuó—, tanto en las finanzas como en Wall Street. Hace un año que empezaron a faltar documentos secretos del Pentágono y… Bueno, se sospechaba que Latimer Joss tenía mucho que ver con aquello. No que fuera él quien los robaba, sino un intermediario. Fue entonces cuando llamaron a Don a Washington, y de resultas de la conversación secreta que celebró, me vi casada con él, y me trajo a Nueva York, Fue… una boda para cubrir las apariencias.

Él mismo me presento a Latimer Joss, y a partir de entonces mi único empeño fue atraérmelo por todos los medios. Fomenté su amistad, y puesta de acuerdo con Don hice que él la fomentara… hasta el día en que le mataron.

Calló, esperando que
O'Sullivan
dijera algo, como así fue y casi en el segundo siguiente:

—¿Fue así como empezó lo de Alfa Centauro, muchacha?

—Sí, así fue… Diremos más bien cómo terminó, Larry. —Hizo una pausa, sin dejar de mirarle, y prosiguió—: En ese rollo de película va toda la verdad sobre la invasión de Camboya y las fechas en que se retirarán nuestras fuerzas, y sobre todo…, sobre todo, la verdad del porqué de esa invasión… Una verdad que muy pronto conocerá todo el mundo libre, Larry. Una verdad a ese mundo que ahora parece haberse puesto en contra nuestra. —Hizo una ligera pausa y prosiguió, al cabo de unos segundos de silencio —: Alfa Centauro, resumiendo, además de lo que ya he dicho, Larry, es todo un vasto plan de operaciones en Camboya, incluyendo fechas y datos sobre los avances, las posibles retiradas y fechas y lugares por donde, al terminar la operación, se retirarán nuestras tropas del territorio camboyano.

Hubo otra pausa, muy ligera, y ahora fue
O'Sullivan
el que terminó diciendo:

—El proyecto Alfa Centauro vino desde Washington traído por Jenny Walker, que era el enlace con una persona del Pentágono cuyo nombre prefiero ignorar de una vez por todas, Norma…, digo, Eleonora. Ella se lo pasó a Latimer Joss y tú… lo supiste.

—Por eso ideé lo del préstamo. Don llamó a Joss por teléfono, concertando una entrevista con él, y vino, pero, como ya estaba previsto, la que le recibió fui yo misma y… concertamos una cita. —Se miró los desnudos muslos, recordando, y añadió—: Dijo que me prefería así, con minifalda, y fui… Me…, me estaba besando cuando dispararon contra él.

—Jenny, ¿verdad?

—Sí, así es. Tal vez sospechó algo y ella también acudió y… quizá me hubiera matado a mí también, pero me lancé detrás del sofá y repelí la agresión. Una sola vez. Sé que se asustó del disparo, ya que mi automática iba desprovista de silenciador, y aquello quizá fue lo que salvó mi vida. Luego, cuando salí de allí, fui directamente al departamento central de la CIA, donde me tiñeron el pelo, me peinaron de distinto modo y me convirtieron en esa morena que ahora es tuya, Larry. ¿Es o no es así? Y no regresé al lado de Calloway. Ya no había razón para eso y lo que siento es qué… que… le mataran.

—Sí, fue un gran hombre. Sabía la verdad… y no la dijo. Dio su vida por ocultarle a esa Embajada que…

—Es mejor no recordar, Larry —interrumpió ella, mirándole fijamente—. Ahora…, ¿adónde me llevas, Larry?

O’Sullivan
sonrió antes de dar una respuesta.

—¡Oh —dijo—, a cualquier parte donde estemos solos!

—Y…, ¿a qué esperas para dar ese golpe de volante que nos aleje de estos alrededores lo más de prisa posible?

Sus ojos negros y grandes, lleno de vida y de misterio, chispearon cuando los clavó en el espejo retrovisor para, a través del mismo, mirarle de frente, en espera de la respuesta.

—A que lleguemos al primer cruce de carreteras, muchacha.

Ella no respondió.

Cerró los ojos, relajó los músculos y se retrepó contra el respaldo del mullido asiento.

FIN

José María Moreno García, nació en Priego (Córdoba) en 1922. Utilizó el seudónimo de Joe Mogar. Empleó otros seudónimos como Alexis Dormunt, J. Mendoza, Alfred Allyson, Clay Duncan, Jesse McGraham, Joe Mogar, Joe Morgan, Pete Salazar, Joseph M. West, y como la mayoría de escritores de novela popular, tocó casi todos los géneros, desarrollando el grueso de su carrera profesional para Bruguera, pero también en menor medida para Toray, Petronio. Manhattan y otras editoriales.